

[DE EXCESSU FRATRIS SUI SATYRUS.]

EN LIBROS DOS DE EXCESSU FRATRIS SATYRI ADVERTENCIA.

AMBROSIO, además de Marcellina, su hermana, quien profesó el voto de perpetua virginidad y vivió principalmente en Roma, como lo demuestran los libros de las Vírgenes y las cartas de Ambrosio dirigidas a ella, tuvo también un hermano de sangre, cuya muerte dio origen a estas obras. Se sabe que su nombre era Satyro, y por la autoridad del santo Doctor, el Martirologio Romano lo incluyó en el número de los santos el XV Kal. de octubre. Sin embargo, se entiende que también fue apodado Uranio, según su epitafio, que Dungalus refiere como escrito por el mismo Ambrosio (De cultu Imag. tom. IV Bibl. PP. part. II); a menos que prefieras no atribuir a Uranio la razón de un sobrenombre, sino solo el epíteto que indica la bienaventuranza de Satyro, ya recibido en el cielo. Nosotros dejaremos el asunto en medio, pero presentaremos el epitafio con estas advertencias.

Satyro, en primer lugar, ejerció como abogado en el foro (Lib. I, num. 40), luego fue prefecto de la administración de provincias (Num. 58), lo cual compartió con Ambrosio. Pero en ellos brillaron muchas más similitudes, y hasta tal punto se parecían en rostro, constitución corporal, salud, ingenio y costumbres (Num. 38, 39, 79), que apenas ha existido otro par de hermanos tan perfectamente concordante. De ahí nació esa íntima y mutua caridad que los unía más estrechamente que la misma naturaleza (Num. 21, 22); de la cual resultó que, cuando Ambrosio, a regañadientes y con resistencia, asumió la carga episcopal, Satyro asumió toda la responsabilidad de los asuntos domésticos y temporales (Num. 20 y ss.), aliviando así a su hermano al menos en esa parte de trabajo y preocupación. Sucedió que un tal Próspero, residiendo en alguna provincia de África, se negó a pagar el dinero debido a los hermanos (Num. 24). Satyro decidió viajar allí, aunque su hermano se oponía firmemente y lo llamaba de regreso con frecuentes cartas (Num. 25). Sin embargo, el barco en el que viajaba naufragó en el curso, no sin el último peligro (Num. 17, 27), y llegó a la costa destinada. Resolvió el asunto satisfactoriamente con Próspero. Pero al regresar a Italia y finalmente a Milán, apenas había sido devuelto a los abrazos fraternales cuando cayó en una grave enfermedad, por cuya fuerza y atrocidad murió (Num. 17).

Cualquiera puede entender fácilmente cuánto dolor experimentó Ambrosio por su muerte, dada la mutua devoción y la dulcísima sociedad de vida entre ambos. Sin embargo, no permitió que este caso lo quebrantara, no solo ordenó cerrar con su propia mano los ojos del cuerpo sin vida (Num. 19) y cargar el féretro sobre sus hombros (Num. 1), sino que también, subiendo al púlpito de la basílica, ante la multitud innumerable del pueblo y con el rostro del cadáver presente a la vista (Num. 78), lo alabó en la primera de estas oraciones, cuya esencia presentamos aquí. Al principio (Num. 1 y ss.) agradece que el peligro de la Iglesia parezca haberse convertido en un asunto de su familia; y profesa que no debe lamentarse tanto por haber perdido a su hermano, como alegrarse por haberlo tenido alguna vez; especialmente le consuela que sus lágrimas sean seguidas por las lágrimas de todos (Num. 5), y que ya no tema ser separado de su hermano (Num. 6). Luego, después de recordar con un tierno sentido de amor la múltiple unión que existía entre él y su hermano (Num. 7 y ss.), excusa su dolor, afirmando que debe ser moderado más que eliminado. Sin embargo, recoge algunas causas de consuelo, especialmente (Num. 17 y ss.) que pudo rendir los últimos deberes de piedad a su hermano al regresar de África. Luego, repitiendo los méritos de su hermano hacia él, describe su temor por su ausencia y la engañosa alegría por su regreso (Num. 20 y ss.). Después de esto, al comparar el duelo por su hermano con el de Tabita, expone por qué no habría sido conveniente resucitarlo (Num. 28 y ss.). Comparando nuevamente su condición con la de su hermano (Num. 31 y ss.), regresa a lo que exacerba su deseo por él (Num. 34 y ss.). Luego, al

convertir el discurso a las virtudes cardinales, alaba la gran confianza que depositó en la Eucaristía y la prudencia con la que evitó recibir el bautismo de un cismático (Num. 42 y ss.). Allí, después de elogiar su elocuencia, fortaleza, simplicidad, castidad, templanza y liberalidad hacia los pobres, demuestra cómo se comportó con sus hermanos, al no dividir el patrimonio, ni casarse, ni hacer testamento (Num. 49 y ss.). Aunque esto aumenta el dolor concebido, propone razones por las cuales debe ser moderado; y promete que nunca olvidará su memoria (Num. 63 y ss.). Finalmente, después de intercalar algunas palabras de consuelo para Marcellina, dice un último adiós a su amado hermano y cierra la oración con plegarias por su paz y descanso (Num. 76 y ss.).

Cuando habían pasado siete días (Lib. II, num. 2), el pueblo regresó al monumento de Satyro para celebrar las ceremonias y oraciones acostumbradas. Aquí Ambrosio pronunció la segunda de estas oraciones, aunque obligado por la falta de tiempo para meditarla, de manera muy extensa, con este sentido. Después de haber permitido algo de dolor en el libro anterior, promete en este considerar más la condición de todos los hombres (Num. 1 y ss.). Luego propone tres temas a tratar: que la muerte es común, que por su obra nos hacemos seguros de las miserias del mundo, y finalmente que a través de ella se nos da acceso a la resurrección (Num. 3). Para persuadir de que esta ley común debe ser soportada, presenta varios ejemplos, como los de aquellos que acompañaban el nacimiento con llanto y la muerte con aplauso; así como los Licios, entre quienes los hombres eran obligados por ley a vestirse de mujer en el luto (Num. 4 y ss.). Luego, después de añadir algunas razones, reprende severamente la impotencia de las mujeres en los funerales de sus maridos (Num. 8 y ss.); y enseña que la paciencia en la muerte de los amigos no es más difícil que en su larga ausencia (Num. 15 y ss.). Pronto, al abordar la segunda parte (Num. 18 y ss.), expone las múltiples calamidades de la vida humana, de las cuales no podemos ser liberados sino por la muerte, probándolo con ejemplos de hombres santos (Num. 23 y ss.). Después de amplificar cuánto sufrieron, concluye que la muerte no debe ser temida, ya que en ella se encuentran descanso, ganancia, remedio y honor (Num. 44 y ss.). Finalmente, pasa a la última parte, para la cual utiliza tres tipos de argumentos: razón, ejemplo de la universalidad, y testimonio de hechos (Num. 50, 52). Brevemente menciona que la razón exige que el cuerpo y el alma sean afectados juntos por penas o recompensas. Pero en la segunda parte se detiene mucho tiempo (Num. 53 y ss.), filosofando bellamente sobre las generaciones y mutaciones de la naturaleza: después de lo cual, resolviendo prudentemente algunas dudas, afirma la resurrección con el ejemplo del Fénix y de la generación humana (Num. 58, 60): y después de exponer el orden y la razón de la resurrección, dice que es indigno que no se crea en ella, cuando se da crédito a los delirios filosóficos sobre la transmigración de las almas en varios cuerpos, y a las necedades poéticas sobre la conversión de los dientes de serpientes en hombres (Num. 61, 65, 70). De donde concluye que se debe creer más en los testimonios de los profetas, cuyos pasajes propone y explica (Num. 66 y ss.). Finalmente, se llega a los testimonios de hechos, donde, después de exponer la historia de tres muertos resucitados por Cristo, no se omiten aquellos resucitados por Elías, Pedro y en la pasión del Señor (Num. 77 y ss.). Contra los filósofos, el santo Prelado se levanta de nuevo, mostrando claramente que la resurrección es conforme a la razón (Num. 86 y ss.). Añade (Num. 90, 91) que se debe tener fe en Dios y en Cristo, quien es la causa de la resurrección; y explicando cómo Pablo será arrebatado en el aire (Num. 92), enseña que los patriarcas viven, sobre cuyas virtudes discute piadosamente (Num. 95 y ss.). Después de añadir cómo Cristo es llamado libre entre los muertos, donde subraya lo que Moisés ordenó sobre las trompetas, lo explica en sentido espiritual (Num. 95, 117); a lo cual añade la exposición de algunos pasajes de los Cánticos y el Apocalipsis (Num. 118 y ss.). Finalmente, reuniendo toda la oración como en un manojo, y con votos para seguir pronto a su hermano, concluye el discurso (Num. 130 y ss.).

No cabe duda de que estos dos libros consisten en sendas oraciones, que Ambrosio mismo quiso unir en una sola obra, con el título de libros, y tal vez también con algunos añadidos o cambios; de donde al inicio del segundo libro pone estas palabras: En el libro anterior permitimos algo, etc. En los manuscritos se prefigura la misma obra con esta inscripción: Comienzan los libros del santo Ambrosio obispo sobre la Muerte de su hermano Satyro, y sobre la Resurrección de los muertos. Sin embargo, en algunos códices hay cierta variedad; por ejemplo, en algunos se inscribe de esta manera: Lamentación fúnebre del bienaventurado Ambrosio obispo sobre la muerte de su queridísimo hermano; pero en casos similares encontramos que los copistas usaron gran libertad. De mayor autoridad es que Agustín (Lib. II de Pecc. Orig. cap. 41) cita el segundo libro con estas palabras: En la obra que escribió sobre la Resurrección; y Ambrosio mismo (Enarr. Psal. I, n. 51) lo menciona con este lema: En los libros de Consolación y Resurrección. Sobre la primera parte de esta inscripción hablaremos en la Advertencia a la Oración sobre la Muerte de Valentiniano, pero ahora solo advertiremos que el título común hace más claro el argumento del discurso. En cuanto al título del segundo libro, generalmente se concibe en esta forma: Sobre la Fe de la Resurrección, o sobre la Resurrección de los muertos; y que es apto y congruente lo demuestra claramente el análisis previo del mismo libro.

Nadie negará que esta obra fue compuesta el mismo año en que Satyro partió al más allá; pero el año exacto en que ocurrió esta muerte es más oscuro. Baronio cree que debe atribuirse al mismo año que la muerte de Graciano, es decir, 383; y apoya su opinión en que el temor de guerra y de los bárbaros, del que aquí se habla, no puede referirse a otra cosa que a la irrupción que, tras la muerte del mencionado príncipe, Máximo amenazaba a Italia. Sin embargo, además de que ni Máximo ni Eugenio trajeron consigo bárbaros como los que el santo Prelado describe en el primer libro, ¿cómo podría Ambrosio haber omitido mencionar un dolor tan reciente, o haber proclamado tan confiadamente que lo que se temía para todos se había convertido en su casa por la muerte de su hermano? Además, dado que la navegación de Satyro parece haber sido emprendida al inicio del pontificado de Ambrosio, lo sugiere el hecho de que Próspero usaba esa dignidad de Ambrosio como pretexto para no pagar la deuda, y dado que Ambrosio narra que Satyro fue arrebatado en la flor de su vida (Lib. I, n. 31); de esto se deduce claramente que esos movimientos bélicos y amenazas de los bárbaros encajan mejor con la muerte del emperador Valente en el año 378, el IV kal. de septiembre, quemado en una cabaña; pues en ese tiempo un gran temor de los bárbaros invadió Italia y las provincias vecinas. Por lo tanto, no dudamos que ambos libros fueron escritos al año siguiente, es decir, 379; y que esto ocurrió al inicio del verano es un argumento de que Ambrosio testimonia que su hermano navegó durante los fríos invernales y expiró pocos meses después de su regreso.

Era costumbre antigua entre los atenienses que aquellos que murieran luchando valientemente por la patria fueran honrados con una alabanza pública, como Platón relata en Menexeno: los romanos, por su parte, honraban de la misma manera a hombres y mujeres ilustres, una costumbre que los historiadores observan que se originó con el cónsul P. Val. Publicola, quien elogió públicamente a su colega Junio, como dice Suetonio en su Vida. Pero aún más antiguos son los vestigios de este rito en los libros sagrados. Pues ya sea el lamento de David sobre Saúl y Jonatán, que se describe en el libro II de los Reyes, capítulo I, o las lamentaciones de Jeremías sobre el rey Josías, de las que se habla en el libro II de las Crónicas, ¿qué son sino alabanzas fúnebres? Por lo tanto, no debe sorprender que se encuentren tantas oraciones en alabanza de aquellos que derramaron su sangre por la fe y el nombre de Cristo, o que ilustraron el nombre cristiano con el esplendor de virtudes singulares, entre los Padres de la Iglesia Griega y Latina; pero tal vez parezca más inusual

que un hermano se haya atrevido a celebrar las alabanzas de su propio hermano. Sin embargo, Ambrosio tiene ejemplos clarísimos para defenderse. Pues, dejando de lado que en el uso profano se dio que grandes hombres se presentaran como encomiastas de los muertos a quienes estaban unidos por el más estrecho vínculo de unión, como se lee que hizo Julio César, quien elogió a Julia su tía y a Cornelia su esposa de acuerdo con la costumbre en los rostris, como dice Suetonio en su Vida; un solo Gregorio Nacianceno, cuyas oraciones en los funerales de su padre, hermano y hermana han sobrevivido, podría bastar a Ambrosio como defensa: después, tanto Gregorio como Ambrosio fueron imitados por Bernardo al alabar a su hermano Girardo.

Antes de concluir, advertiremos que Dungalus, engañado por algunos copistas que, debido a cierta afinidad temática, describieron el libro sobre el Paraíso junto con estos dos libros, lo citó como si fuera un tercer libro sobre la Muerte de Satyro, en lo cual claramente se equivocó, como cualquiera puede ver. En cuanto al epitafio mencionado por él, estas son sus palabras, no del todo indignas de nuestro Ambrosio (Loc. sup. cit.): A Uranio Satyro, el último honor su hermano llevó Ambrosio, a la izquierda del mártir. Esta es la recompensa del mérito, para que el humor de la sangre sagrada, penetrando, lave las reliquias cercanas.

SANCTI AMBROSII MEDIOLANENSIS EPISCOPI DE EXCESSU FRATRIS SUI SATYRI LIBRI DOS. (C)

LIBRO PRIMERO.

1113 1. Hemos conducido, hermanos amadísimos, mi ofrenda, una ofrenda incontaminada, una ofrenda agradable a Dios, mi señor y hermano Satyro. Recordaba que era mortal, y no me engañó la opinión, pero la gracia sobreabundó. Por lo tanto, no tengo nada de qué quejarme, y tengo en qué dar gracias a Dios; porque siempre deseé que si alguna perturbación aguardaba a la Iglesia o a mí, cayera más bien sobre mí y mi casa. Doy gracias a Dios, porque en este temor de todos, cuando todo es sospechoso por los movimientos bárbaros, he transformado el dolor común en dolor privado, y se ha convertido en mí todo lo que temía para todos. Y ojalá aquí se haya consumado, para que mi dolor sea la redención del dolor público.

2. No tenía, hermanos carísimos, nada más precioso en las cosas humanas que un hermano tan grande, nada más amable, nada más querido; pero lo público prevalece sobre lo privado. Si alguien preguntara su opinión, él también preferiría morir por otros que vivir para sí mismo; porque por todos, según la carne, Cristo murió, para que aprendiéramos a no vivir solo para nosotros mismos (II Cor. V, 15).

3. Se añada que no puedo ser ingrato con la divinidad: pues más bien se debe alegrar de haber tenido un hermano así, que lamentarse por haberlo perdido; porque aquello fue un don, esto es una deuda. Así que he cumplido, mientras fue posible, con el depósito que se me confió: quien depositó la prenda, la ha recuperado. No hay diferencia entre negar el depósito y lamentar su devolución. En ambos casos hay ambigüedad de fe, peligro de vida. ¿Acaso si niegas el dinero, es culpa: si niegas la ofrenda, es piedad? cuando el prestamista de dinero puede ser engañado, el autor de la naturaleza y acreedor de la relación no puede ser defraudado. Por lo tanto, cuanto más abundante es la suma del préstamo, tanto más grata es la usura del capital.

4. Por lo cual no podemos ser ingratos por el hermano; porque devolvió lo que era de la naturaleza común: lo que es de la gracia singular, lo mereció. ¿Quién rechaza la condición común? ¿Quién se lamenta de que le arrebaten su prenda propia cuando el Padre entregó a su

único Hijo para nuestra consolación a la muerte (Rom. VIII, 32)? ¿Quién piensa que debe ser exceptuado de la condición de morir, quien no fue exceptuado de la condición de nacer? Gran misterio de piedad, que la muerte del cuerpo no fue exceptuada ni en Cristo; y aunque era el Señor de la naturaleza, no rechazó la ley de la carne que había asumido. Y a mí me es necesario morir, a él no le fue necesario. ¿Acaso quien dice del siervo: Si quiero que él permanezca así hasta que yo venga, ¿qué te importa? (Juan XXI, 22) ¿No pudo él mismo permanecer así, si quisiera? Pero con la perpetuidad de esta vida habría perdido para sí el precio, para mí el sacrificio. ¿Qué mayor consuelo para nosotros, que el hecho de que según la carne también Cristo murió? ¿O por qué debo llorar más vehementemente a mi hermano, cuando sé que esa piedad no pudo morir?

1115 5. ¿Por qué debo llorar solo más que los demás, a quien todos lloran? He transformado el dolor privado en dolor común, especialmente cuando mis lágrimas no sirven de nada, pero las lágrimas de ustedes afirman la fe, traen consuelo. Lloran los ricos, y al llorar prueban que las riquezas acumuladas no ayudan a la salvación; ya que con el precio del dinero no se puede diferir la muerte, y el último día arrebatada por igual al rico y al pobre. Lloran los ancianos, porque en esto temen la suerte de sus hijos; y por eso, porque no pueden prolongar la vida del cuerpo, instruyan a sus hijos no para el uso del cuerpo, sino para el deber de la virtud. Lloran también los jóvenes, porque el fin de la naturaleza no es la madurez de la vejez. Lloraron también los pobres, y lo que es mucho más precioso, y mucho más abundante, con sus lágrimas lavaron sus delitos. Esas son lágrimas redentoras, esos son gemidos que esconden el dolor de la muerte, ese es el dolor que, con la perpetua abundancia de alegría, cubre el sentido del dolor antiguo. Por lo tanto, aunque el funeral es privado, el llanto es público; y por eso no puede ser duradero el llanto que está consagrado por los afectos de todos.

6. ¿Por qué he de llorarte, mi hermano amadísimo, si te han arrebatado de mí para ser de todos? No he perdido tu compañía, sino que la he transformado: antes éramos inseparables en cuerpo, ahora lo somos en afecto; permaneces conmigo y siempre permanecerás. Y cuando vivías con nosotros, nunca la patria te apartó de mí, ni tú mismo preferiste la patria a mí: y ahora me has dado otra: he comenzado a no sentirme extranjero aquí, donde está la mejor parte de mí. Nunca estuve completamente en mí mismo, sino que la mayor parte de nosotros dos estaba en el otro: ambos estábamos en Cristo, en quien está la suma del universo y la porción de cada uno. Este sepulcro me es más grato que el suelo natal, en el que no está el fruto de la naturaleza, sino de mi gracia; en este cuerpo, que ahora yace sin vida, está la función más excelsa de mi vida; porque en este cuerpo que llevo, hay una porción más abundante de ti.

7. ¡Ojalá pudiéramos respirar en esta vida lo que sea que respiramos de la tuya, y que la mitad de mi tiempo se destinara al uso de tu tiempo! Era justo que aquellos que siempre compartieron un patrimonio indiviso de bienes, no tuvieran un tiempo de vida dividido: o al menos, que quienes siempre tuvimos una convivencia indistinta de vida, no tuviéramos una muerte distinta.

8. Ahora, hermano, ¿a dónde iré, a dónde me dirigiré? El buey busca al buey, y no se siente completo, y con frecuentes mugidos testifica su amor piadoso, si acaso falta aquel con quien solía llevar el yugo del arado: ¿y yo no te buscaré, hermano? ¿O podré alguna vez olvidarte, con quien siempre llevé el yugo de esta vida? Inferior en trabajo, pero más unido en amor: no tan hábil por mi virtud, como tolerable por tu paciencia, que siempre con afecto piadoso rodeabas mi costado con el tuyo: con caridad, como hermano; con cuidado, como padre; con solicitud, como mayor; con reverencia, como menor. Así, en el grado de una sola relación,

me brindabas los oficios de muchas relaciones; de modo que en ti no busco a uno solo, sino a muchos perdidos, en quien no había adulación desconocida, sino piedad expresada. Pues no tenías nada que añadir con simulación, quien todo lo comprendías con piedad, de modo que no recibías incrementos, ni esperabas reciprocidad.

9. Pero, ¿por qué, olvidando mi deber, recordando la gracia, me dejó llevar por un dolor desmedido? El Apóstol me llama y, como si pusiera frenos al dolor, dice, como habéis oído recientemente: No queremos que ignoréis, hermanos, acerca de los que duermen; para que no os entristezcáis, como los demás que no tienen esperanza (1 Tes. IV, 12). Perdonadme, hermanos amadísimos. No todos podemos decir: Sed imitadores de mí, como yo lo soy de Cristo (1 Cor. IV, 16); pero si buscáis un autor a quien imitar, tenéis a quien podéis imitar. No todos somos idóneos para enseñar, ¡ojalá todos fuéramos hábiles para aprender!

10. Pero no hemos incurrido en una culpa grave por las lágrimas: no toda lágrima es de infidelidad o debilidad. Hay un dolor de la naturaleza, y hay una tristeza de desconfianza: y hay una gran diferencia entre desear lo que se ha tenido y llorar lo que se ha perdido. No solo el dolor tiene lágrimas, también la alegría tiene sus lágrimas, y la piedad excita el llanto, y la oración moja el lecho, y la súplica, según el dicho profético (Sal. VI, 7), lava el lecho. También hicieron gran llanto cuando se enterraron los patriarcas. Las lágrimas, por tanto, son indicios de piedad, no incitaciones al dolor. Lloré, lo confieso, incluso yo, pero también lloró el Señor. Él lloró por un extraño, yo por un hermano (Juan XI, 35): él lloró por todos en uno, yo lloraré por ti, hermano, en todos.

11. Él lloró con nuestro afecto, no con el suyo; pues la divinidad no tiene lágrimas: pero lloró en aquel en quien estuvo triste (Mat. XXVI, 38): lloró en aquel en quien fue crucificado, en quien murió, en quien fue sepultado: lloró en aquel de quien hoy nos insinuó el profeta, diciendo: La madre Sión dirá: Hombre, y hombre ha sido hecho en ella, y el Altísimo la fundó (Sal. LXXXVI, 5). Lloró en aquel a quien llamó madre Sión, nacido en Judea, recibido de la Virgen. Pero no pudo tener madre según la divinidad, porque es el autor de la madre. Fue hecho no por generación divina, sino humana; porque fue hecho hombre, nació Dios.

12. Así también en otro lugar tienes: Un niño nos ha nacido, un hijo nos ha sido dado (Isa. IX, 6). En el niño está el nombre de la edad, en el Hijo la plenitud de la divinidad. Hecho de madre, nacido del Padre; sin embargo, el mismo fue nacido y dado: no pienses que es diverso, sino uno. Un solo Hijo de Dios, nacido del Padre, y surgido de la Virgen, en orden distante, pero en un nombre concurrente, como también enseña la presente lectura, porque hombre ha sido hecho en ella, y el Altísimo la fundó (Sal. LXXXVI, 5), hombre ciertamente en cuerpo, altísimo en poder. Y si Dios y hombre en diversidad de naturaleza; sin embargo, el mismo no es otro en ambos. Algo, por tanto, especial de su naturaleza, algo común con nosotros: pero en ambos uno, y en ambos perfecto.

13. No es de extrañar, pues, que Dios lo haya hecho Señor y Cristo. Hizo, por tanto, a Jesús, a aquel que recibió el nombre del cuerpo; hizo a aquel de quien también escribe el patriarca David: La madre Sión dirá: Hombre, y hombre ha sido hecho en ella. (Hombre hecho) ciertamente diferente no en divinidad, sino en cuerpo: no separado del Padre, sino exceptuado en el don: permaneciendo en la comunión del poder, segregado en el misterio de la pasión.

14. Este lugar exige un tratado más extenso, con el que podamos mostrar la autoridad del Padre, la propiedad del Hijo, la unidad de toda la Trinidad: pero hoy he asumido la parte de consolar, no de tratar; aunque apartar el ánimo del dolor con la intención de tratar es un uso de consolación. Pero debo moderar más mi dolor que alejar el afecto; para que se suavicen

más los deseos que se adormezcan. No me place alejarme más del hermano, ni ser apartado por la ocupación; ya que este discurso ha sido asumido como si fuera para acompañarlo, para seguirlo más tiempo con el sentido: y a quien tengo ante mis ojos, lo abrazo con la mente. En él me place fijar toda la mirada de mis ojos, con él permanecer con todos los oficios del alma, rodearlo con todo el obsequio de las caricias; mientras el ánimo se asombra, y no creo perdido a quien aún veo presente: ni pienso que está muerto, de quien aún no echo de menos los oficios, a los que había dedicado el uso de mi vida y todo el don de respirar.

15. ¿Qué puedo devolver a tanta gracia, a tanto esfuerzo? Yo te había hecho heredero, hermano, tú me dejaste como heredero: yo deseaba que sobrevivieras, tú me dejaste como sobreviviente. Yo devolvía votos por tus dones, para compensar los beneficios: ahora he perdido también los votos, pero no he perdido tus beneficios. ¿Qué haré, sucesor de mi heredero? ¿Qué haré, sobreviviente de mi vida? ¿Qué haré, privado de esta luz que percibo? ¿Qué gracias, qué dones te devolveré? No tienes de mí más que lágrimas. O tal vez, seguro de tu mérito, no requieres las lágrimas, que son lo único que me queda. Pues incluso cuando vivías, prohibías llorar: y testificabas que nuestro dolor, más que tu muerte, te causaba dolor. Las lágrimas prohíben avanzar más, y el llanto las revoca. También lo prohíbe tu gracia; para que, mientras lloramos lo nuestro, no parezca que desesperamos de tus méritos.

16. Pero ciertamente tú también nos disminuyes la amargura de este dolor: no tengo nada que temer, quien temía por ti; no tengo nada que el mundo pueda ya arrebatarme. Aunque queda la santa hermana, venerable por su integridad, igual en costumbres, no inferior en oficios; sin embargo, ambos temíamos más por ti, en ti creíamos depositada la alegría de esta vida. Por ti vivir era agradable, por ti morir no era penoso; pues ambos te deseábamos sobreviviente, no nos alegraba sobrevivirte. ¿Cuándo no se estremeció el ánimo, cuando el temor de este tipo nos inquietaba? ¿Cómo se consternaba la mente con la noticia de tu enfermedad!

17. ¡Ay de la miserable opinión! Pensábamos que habías sido devuelto, a quien vemos diferido; pues ahora sabemos que tus votos ante el santo mártir Lorenzo obtuvieron el permiso. ¡Ojalá no solo hubieras pedido el permiso, sino también un largo tiempo de vida! Pudiste obtener muchos años de vida, quien pudiste obtener el permiso de venir. Y ciertamente te doy gracias, Dios omnipotente y eterno, porque no nos negaste estos últimos consuelos, porque nos concediste el regreso deseado del hermano amadísimo desde las regiones de Sicilia o África; pues tan pronto como llegó, fue arrebatado; como si solo por esto hubiera sido diferido, para que regresara a sus hermanos.

18. Tengo ciertamente mi prenda, que ninguna peregrinación podrá ya arrebatarme: tengo reliquias que abrazar; tengo un sepulcro que cubriré con mi cuerpo; tengo una tumba sobre la que yaceré; y creeré que seré más recomendable a Dios, porque descansaré sobre los huesos de un cuerpo santo. ¡Ojalá hubiera podido oponer mi cuerpo también a tu muerte! Si hubieras sido atacado por espadas, me habría ofrecido para ser crucificado en tu lugar: si hubiera podido retener el alma que salía, habría ofrecido la mía.

19. No me sirvió de nada haber aspirado los últimos alientos, ni haber inspirado al moribundo en su boca; pues pensaba que o bien asumiría tu muerte, o bien transferiría mi vida a ti. ¡Oh, infelices pero dulces últimos besos! ¡Oh, miserables abrazos, entre los cuales el cuerpo sin vida se endureció, el último aliento se desvaneció! Apretaba los brazos, pero ya había perdido a quien sostenía; y recogía el último aliento con mi boca, para absorber la compañía de la muerte. Pero no sé cómo ese aliento vital se me hizo, y en la misma muerte exhalaba una gracia mayor. ¡Ojalá, si no pude prolongar tu vida con mi espíritu, al menos el vigor de tu último aliento hubiera podido transferirse a mi mente, y nuestro afecto hubiera aspirado esa

pureza e inocencia de tu alma! Esta herencia, hermano amadísimo, me habrías dejado, que no golpearía el afecto con un dolor lacrimógeno, sino que recomendaría al heredero con una gracia memorable.

20. ¿Qué haré ahora, cuando he perdido todas las dulzuras de esta vida, todos los consuelos, todos los ornamentos? Tú eras para mí el único consuelo en casa, el único honor fuera: tú, digo, en los consejos árbitro, partícipe del cuidado, intercesor de la solicitud, disipador del dolor: tú, defensor de mis actos, defensor de mis pensamientos: tú, finalmente, el único en quien residía la preocupación doméstica, en quien descansaba la preocupación pública. Testifico tu santa alma, que en las obras de la Iglesia a menudo temía no agradarte. Finalmente, cuando regresaste, reprochaste la demora: así, en casa y fuera, un cierto maestro y árbitro del sacerdote, que no permitías pensar en lo doméstico, sino que considerabas cuidar lo público. Pero no temo parecer arrogante al decirlo; pues esta es una parte de tu alabanza, porque sin ofensa alguna gobernaste la casa del hermano y recomendaste el sacerdocio.

21. Siento, en verdad, que al repetir tus oficios y enumerar tus virtudes, el ánimo se conmueve: pero sin embargo, en el mismo afecto mío encuentro descanso, y aunque estas remembranzas renuevan el dolor, también traen placer. ¿Puedo acaso no pensar en ti, o alguna vez pensar en ti sin lágrimas? ¿Y podré alguna vez no recordar a un hermano tan grande, o recordarlo sin una cierta gracia lacrimosa? ¿Qué me fue alguna vez placentero, que no proviniera de ti? ¿Qué, digo, me fue alguna vez placentero sin ti, o a ti sin mí? ¿Qué uso no compartimos, y casi la misma visión, el mismo sueño? ¿Qué voluntad alguna vez distinta? ¿Qué huella no común? Casi como si al levantar el paso, pareciera que levantaba tu cuerpo o tú el mío.

22. Pero si alguna vez había que salir sin el otro, se sentía el costado descubierto, se veía el rostro afectado, se juzgaba el ánimo triste: no brillaba la gracia acostumbrada, ni el vigor habitual: la soledad sospechosa traía a todos el temor de alguna enfermedad. ¡Tan nuevo parecía a todos que nos separáramos! Yo, ciertamente, impaciente de la ausencia fraterna y no olvidado de ella, como si presente, a menudo buscaba con el cuello vuelto, y me parecía hablar y ver en persona: pero como si con el cuello suspendido del yugo, donde había caído de lo esperado, me parecía arrastrar, difícil de avanzar, vergonzoso de parecer, y apresurado por regresar, porque sin ti no me placía avanzar.

23. Pero cuando ambos debíamos salir, no había más huellas en el camino que palabras; ni más pasos que conversación frecuente: ni cuidado de caminar, sino gracia de conversar; pues cada uno de nosotros dependía de la boca del otro. No con la mirada atenta leíamos el camino, sino que experimentábamos mutuamente las preocupaciones, absorbíamos la gracia de los ojos, respirábamos las delicias de la imagen fraterna. ¡Cuánto admiraba en silencio tus virtudes! ¡Cuánto me felicitaba a mí mismo, porque el Señor me había dado un hermano tan pudico, tan eficaz, tan inocente, tan simple; que cuando pensaba en tu inocencia, desesperaba de la eficacia: cuando veía la eficacia, no creía en la inocencia! Pero unías ambas cosas con una cierta virtud admirable.

24. Finalmente, lo que ambos no pudimos concluir, tú solo lo cumpliste. Prosper, como escucho, se felicitaba a sí mismo, porque no pensaba devolver lo que había quitado por ocasión de mi sacerdocio: pero experimentó tu eficacia más vehemente de uno que de dos. Así que lo resolvió todo, ni ingrato a tu moderación, ni burlándose de tu pudor: pero agradecido a la modestia, ni insolente a la eficacia. Pero, hermano, ¿para quién buscaste eso? Pues ambos queríamos que fuera la recompensa de tus trabajos, lo que era un ejemplo. Lo realizaste todo, y cuando habías cumplido con todo, regresaste, tú solo, que eres preferido a

todos, nos eres arrebatado; como si hubieras diferido la muerte para cumplir el deber de piedad, para llevarte la palma de la eficacia.

25. Ni siquiera a nosotros, hermano amadísimo, nos deleitaban los honores de este mundo, porque nos dividían de nosotros mismos. Que obtuvimos no porque fuera deseable su percepción, sino para que no pareciera una disimulación vil. O tal vez fueron otorgados para que, ya que por tu inmadura muerte iba a ser la ocasión de nuestra alegría, aprendiéramos a vivir sin nosotros.

26. Y ciertamente reconozco el temor de la mente presagiosa, mientras repito a menudo lo que escribí. Te llamaba, hermano, para que no fueras tú mismo a África, sino que más bien destinaras a alguien. Temía confiarte al camino, confiarte a los mares, y un temor mayor de lo habitual invadía mi ánimo: pero completaste el viaje y ordenaste el asunto, y en un barco viejo y lleno de agua, como escucho, te confiaste de nuevo a los mares. Pues cuando buscabas la celeridad, descuidaste la cautela, ávido de nuestra gracia, disimulando tu peligro.

27. ¡Oh, engañosa alegría! ¡Oh, inciertos cursos de las cosas humanas! Pensábamos que, devuelto de África, restituido del mar, salvado del naufragio, ya no podrías sernos arrebatado: pero sufrimos naufragios más graves en tierra; pues a quien no pudieron llevar a la muerte los naufragios del mar, evitados con nataciones vigorosas, su muerte comenzó a sernos un naufragio. ¿Qué queda de dulzura, para quienes se ha extinguido un adorno tan dulce, una luz tan clara en estas tinieblas del mundo: en quien no solo ha caído el adorno de nuestra familia, sino de toda la patria?

28. Tengo ciertamente, hermanos amadísimos, pueblo santo, gran gratitud hacia vosotros, porque no consideraréis mi dolor como otro que el vuestro; porque creéis que esta soledad nuestra os ha sucedido a vosotros, porque el llanto de toda la ciudad, los votos de todas las edades, de todos los órdenes, los ofrecéis con una nueva piedad. Pues no es un dolor de misericordia privada, sino un cierto deber público y un don de gracia: o si alguna misericordia os toca por mí, porque he perdido a tal hermano, tengo un fruto abundante, tengo una prenda de vuestro afecto. Preferiría al hermano vivo; pero sin embargo, el deber público es más agradable en las cosas buenas, más grato en las adversas.

29. Ni me parece un mérito mediocre de tal oficio. Pues no en vano, ni en los Hechos de los Apóstoles (Hech. IX, 39), se describen las viudas llorando a Tabita muerta, ni en el Evangelio (Luc. VII, 12) se introduce a la multitud conmovida por las lágrimas de la viuda que acompaña el funeral del joven, a quien se debía la resurrección; sin embargo, a esa Tabita la lloraron las viudas, a esta toda la ciudad. No hay duda, por tanto, de que con vuestras lágrimas se obtiene el patrocinio de los apóstoles: no hay duda, digo, de que Cristo se conmovió por la misericordia, al veros llorar. Aunque ahora no tocó el féretro, sin embargo, recibió el espíritu encomendado: y si no llamó con la voz del cuerpo al difunto; sin embargo, con la autoridad de su poder divino, liberó su alma de los tormentos de la muerte y de las incursiones del espíritu maligno: y si no se sentó en el féretro, quien estaba muerto; sin embargo, descansó en Cristo: y si no nos habló; sin embargo, ve las cosas que están por encima de nosotros: y se alegra de ver ya las que son mejores que nosotros. Pues por lo que leemos en el Evangelio, entendemos lo que ha de venir: y la apariencia de las cosas presentes es indicio de las futuras.

30. No necesitó una resurrección temporal, a quien se debe una eterna. ¿Por qué habría de recaer en esta miserable y penosísima mancha, y volver a esta vida lamentable, a quien debemos alegrarnos de que haya sido arrebatado de tan inminentes males y peligros urgentes?

Pues si en un siglo pacífico, con las guerras cesando, nadie lloró a Enoc arrebatado (Gen. V, 24), sino que más bien el profeta lo alabó, como dice la Escritura de él: Fue arrebatado, para que la maldad no cambiara su corazón (Sab. IV, 11); cuánto más ahora se debe decir con razón, cuando al resbaladizo del siglo se añade la incertidumbre de la vida. Fue arrebatado, para que no cayera en manos de los bárbaros: fue arrebatado, para que no viera las ruinas de todo el mundo, el fin del mundo, los funerales de los parientes, las muertes de los ciudadanos, ni finalmente la corrupción de las santas vírgenes y viudas, que es más amarga que cualquier muerte.

31. Yo, en verdad, considero bienaventurado, hermano, tanto por el florecimiento de tu vida como por la conveniencia de tu muerte. No fuiste arrebatado de nosotros, sino de los peligros; no perdiste la vida, sino que te libraste del temor de las amarguras inminentes. Pues, con la misericordia de tu santa mente hacia los tuyos, si ahora supieras que Italia está siendo acosada por un enemigo tan cercano, ¡cuánto gemirías, cuánto dolerías al saber que nuestra salvación depende de la barrera de los Alpes, y que se construye un muro de vergüenza con troncos de madera! ¡Con qué aflicción te lamentarías al ver a los tuyos separados del enemigo por tan delgado margen, de un enemigo impuro y cruel, que no perdonaría ni la castidad ni la vida!

32. ¿Cómo, digo, soportarías estas cosas, que nosotros debemos soportar, y tal vez (lo que es más grave) presenciar, ver a las vírgenes ser raptadas, a los niños pequeños ser arrancados del abrazo de sus padres y lanzados sobre las armas, los cuerpos consagrados a Dios ser profanados, y el vientre de una viuda anciana volver a un uso desusado de carga, no de hijos? ¿Cómo, digo, tolerarías estas cosas, tú que incluso en tu último aliento, tal vez ya olvidado de ti mismo, pero aún recordándonos a nosotros, nos advertías frecuentemente sobre evitar la incursión de los bárbaros, recordándonos que no en vano habías dicho que debíamos huir? Tal vez porque veías que nos quedaríamos desamparados con tu muerte; lo cual no hacías por debilidad de ánimo, sino por piedad; y aunque débil por nosotros, sin embargo, fuerte para ti. Cuando un noble hombre, tu padre Símaco, te llamaba de regreso, porque se decía que Italia ardía en guerra, que te dirigías al peligro, que te enfrentabas al enemigo; respondiste que esa misma era la razón de tu venida, para no faltar en nuestro peligro, para mostrarte como compañero en el riesgo fraterno.

33. Feliz, por tanto, por tan oportuna muerte, porque no fuiste reservado para este dolor. Ciertamente más feliz que tu santa hermana, que, despojada de tu consuelo, preocupada por su pudor, recientemente bienaventurada con dos hermanos, ahora afligida por la pérdida de ambos, no puede seguir a uno ni abandonar al otro: para quien tu tumba es su hogar, y la sepultura de tu cuerpo su casa. ¡Ojalá al menos este refugio fuera seguro! Su alimento son las lágrimas, su bebida el llanto; pues nos diste pan de lágrimas como alimento, y nos diste bebida en lágrimas en medida, o tal vez más allá de la medida (Salmo LXXIX, 6).

34. Pues, ¿qué puedo decir de mí, a quien no se le permite morir, para no dejar a mi hermana; ni le agrada vivir, para no separarse de ti? ¿Qué puede serme agradable sin ti, en quien siempre estuvo toda nuestra alegría? ¿O qué me complace más en esta vida, y permanecer en la tierra, donde vivimos tan felizmente mientras vivimos juntos? Aunque hubiera algo que pudiera deleitarnos aquí, sin ti no podría deleitarme; y si alguna vez hubiéramos querido prolongar intensamente la vida, ya sin embargo no querríamos estar sin ti.

35. Esto es intolerable. ¿Qué es tolerable sin ti, tan gran compañero de vida, tan gran compañero de mis trabajos y deberes? No pude prever tu caída para que fuera más tolerable;

así temía mi alma pensar en algo así de ti, no porque ignorara la condición, sino porque cierta costumbre de deseos había cubierto el sentido de la fragilidad común; de modo que no sabía pensar en ti sino en todo lo favorable.

36. Finalmente, recientemente, cuando me vi acosado por una grave (y ojalá última) caída; solo lamentaba que no estuvieras tú mismo al lado de mi lecho, compartiendo conmigo y con nuestra santa hermana el deber deseado, cerraras mis ojos moribundos con tus dedos. ¡Qué deseaba! ¡Qué devuelvo! ¡Qué votos fallan! ¡Qué servicios suceden! No ya yo mismo el ministro del funeral, sino el ministro. ¡Oh, duros ojos, que pudisteis ver morir a un hermano! ¡Oh, manos implacables y ásperas, que cerrasteis los ojos en los que veía más! ¡Oh, cuello más duro, que pudiste soportar tan lúgubre carga, aunque con consuelo de servicio!

37. Estas cosas, hermano, me las habrías ofrecido más justamente. Estas cosas esperaba de ti, estos deberes deseaba. Ahora, en verdad, siendo yo sobreviviente de mi propia vida, ¿qué consuelo puedo tomar sin ti, que solías consolar al afligido, despertar la alegría, alejar la tristeza? ¿Cómo te veo ahora, hermano, ya sin dirigirme palabras, ya sin ofrecerme besos? Aunque siempre un amor mutuo habitó en cada uno de nosotros, que se fomentaba más con afecto interior que se divulgaba con halagos externos; pues no buscábamos el testimonio de otros, que teníamos tanta gracia entre nosotros. Así, el jugo viril de la hermandad se había infundido en cada uno de nosotros, que no parecía que necesitáramos probar el amor con halagos, sino que, contentos con el amor interno de la piedad consciente, no requeríamos el engaño de los halagos, formados mutuamente en amor por la misma imagen; pues no sé con qué expresión de mente, con qué similitud de cuerpo, parecíamos vernos el uno en el otro.

38. ¿Quién te vio, que no pensara que me había visto a mí? ¡Cuántas veces saludé a algunos, que, habiéndote saludado a ti primero, decían que ya habían sido saludados por mí! ¡Cuántos te dijeron algo, que recordaban haberme dicho a mí! ¡Qué alegrías para mí, cuánta alegría frecuentemente surgía, al ver que se equivocaban en nosotros! ¡Qué error tan grato, qué caída tan placentera, qué engaño tan religioso, qué calumnia tan dulce! Pues no había nada de tus hechos o palabras que temiera, que me alegraba que se me atribuyera a mí.

39. Sin embargo, si insistían más vehementemente, recordando que me habían confiado algo, respondía riendo y gozoso: Mirad que no se lo hayáis dicho a mi hermano. Pues aunque todo lo nuestro era común, espíritu indiviso, afecto indiviso; solo no era común el secreto de los amigos: no porque temiera el peligro de compartir, sino que guardábamos la fidelidad de mantenerlo. Ciertamente, si la cosa debía ser ponderada con consejo, siempre era común el consejo, no siempre el secreto. Pues aunque los amigos decían algo a uno de nosotros, para que sus palabras llegaran al otro; sin embargo, sé que frecuentemente se guardaba la fidelidad del secreto, de modo que no se confiaba ni al hermano. Era, en efecto, un indicio fiel, y no se traicionaba a un extraño, lo que no se compartía con el hermano.

40. Por tanto, elevado, lo confieso, por estos tan grandes y tales bienes a un cierto exceso de mente, dejé de temer ser sobreviviente, porque creía que él era más digno de vida: y por eso recibí la herida que no puedo soportar; pues son más tolerables las heridas de un dolor tan grande que han sido meditadas, que las no exploradas. ¿Quién consolará ahora al triste? ¿Quién levantará al afligido? ¿Con quién compartiré mis preocupaciones? ¿Quién me librará del uso de este mundo? Tú, en efecto, eras el autor de los negocios, el censor de los siervos, el árbitro de los hermanos; no árbitro de litigios, sino de piedad.

41. Pues si alguna vez algo debía ser discutido con la santa hermana, sobre cuál parecer era mejor, te tomábamos a ti como juez, que no herías el rostro de nadie, y deseando satisfacer a

ambos, mantenías el afecto de amar y el modo de juzgar; de modo que despedías a ambos agradecidos, y reclamabas para ti la gracia de ambos. O si tú mismo traías algo para discutir, ¡qué grata tu contienda! ¡Qué sin hiel tu misma indignación! ¡Qué no amarga la coerción de los siervos mismos; cuando aprendías a deferir más a los hermanos que a vindicar por afecto! Pues la profesión nos reprimió el deseo de coaccionar; más bien tú, hermano, nos alejabas de todo afecto de coerción, prometiendo vindicar y deseando suavizar.

42. No es un testimonio de prudencia mediocre, que así es definido por los sabios: Lo primero de los bienes es conocer a Dios, y venerar con mente piadosa esa verdadera y divina belleza de la verdad eterna, amada y deseada con todo el amor de la mente. Lo segundo, derivar de esa fuente divina y celestial de la naturaleza la piedad hacia los prójimos: lo cual también los sabios del mundo tomaron de nuestras leyes. Pues no podrían derivar estas cosas en las disciplinas humanas, si no fuera del celestial manantial de la ley divina.

43. ¿Qué puedo decir, entonces, de su observancia hacia el culto de Dios? Que antes de ser iniciado en los misterios más perfectos, estando en un naufragio, cuando la nave en la que viajaba chocó contra un escollo y se deshacía por las olas que la azotaban por todos lados, no temiendo la muerte, sino que no saliera de la vida sin el misterio, pidió a aquellos que sabía que estaban iniciados, ese divino sacramento de los fieles: no para introducir ojos curiosos en los arcanos, sino para obtener el auxilio de su fe. Pues hizo que se atara en un pañuelo, y envolvió el pañuelo en su cuello, y así se lanzó al mar, no buscando una tabla suelta de la estructura de la nave para flotar sobre ella, pues solo había buscado las armas de la fe. Así, creyendo que estaba suficientemente protegido y armado con estas cosas, no deseó otras ayudas.

44. Al mismo tiempo, se puede observar su fortaleza, que, con el remo debilitado, no tomó una tabla como un náufrago, sino que asumió como un valiente un apoyo de su propia virtud: ni la esperanza lo abandonó, ni la opinión lo engañó. Finalmente, fue el primero en ser salvado de las olas, y llevado al puerto de la estación terrenal, reconoció a su prelado, en quien había confiado: y tan pronto como liberó a sus siervos o supo que habían sido liberados, sin preocuparse por sus bienes, ni deseando lo perdido, buscó la iglesia de Dios; para dar gracias por haber sido liberado, y conocer los misterios eternos, proclamando que no hay mayor deber que devolver la gratitud. Pues si no devolverla a un hombre se juzga similar al homicidio; ¡cuánto crimen es no devolverla a Dios!

45. Es, por tanto, de un prudente reconocer a sí mismo, y como ha sido definido por los sabios, vivir según la naturaleza. Pues, ¿qué es tan conforme a la naturaleza, como devolver la gratitud al autor? Mira este cielo; ¿no devuelve gratitud al autor, cuando se ve? Pues los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos (Salmo XVIII, 2). El mismo mar, cuando está calmado y tranquilo, da testimonio de la serenidad divina: cuando se agita, la indignación celestial es un terror. ¿No admiramos todos con razón la gracia de Dios, cuando advertimos que la naturaleza insensible, con cierta razón sensible, contiene sus olas, y la ola conoce sus límites? Pues, ¿qué puedo decir de las tierras, que obedeciendo al mandato divino, suministran alimento espontáneamente a todos los seres animados (Génesis I, 11); y lo que los campos han recibido, lo devuelven multiplicado y acumulado, como con crecientes intereses?

46. Por tanto, aquel que, guiado por la naturaleza, había percibido con el ardor ígneo de la mente la razón de la obra divina, supo que, antes que nada, debía devolver la gratitud a su salvador: pero como no podía devolverla, podía tenerla. Pues tal es la fuerza de esta gratitud, que, al ser devuelta, se tiene; y al tenerla, se devuelve. Así, devolvía la gratitud, ofrecía la fe.

Pues quien había experimentado tanto la protección del misterio celestial envuelto en un pañuelo, ¡cuánto pensaba que recibiría si lo tomara con la boca, y lo absorbiera con todo el arcano del pecho! ¡Cuánto mayor pensaba que sería infundido en sus entrañas, lo que tanto le había beneficiado cubierto con un pañuelo!

47. Pero no fue tan ávido como para ser incauto; pues sabemos que muchos, por la avidez del estudio, omiten la precaución. Llamó a un obispo (24, q. 1, cap. Advocavit), y no consideró verdadera ninguna gracia, sino la de la verdadera fe, y le preguntó si estaba de acuerdo con los obispos católicos, es decir, con la Iglesia Romana. Y tal vez hasta ese momento la Iglesia de esa región estaba en cisma; pues Lucifer se había separado de nuestra comunión en ese tiempo, y aunque había sido exiliado por la fe, y había dejado herederos de su fe; no pensó, sin embargo, que la fe estuviera en el cisma. Pues aunque mantenían la fe hacia Dios, no la mantenían hacia la Iglesia de Dios, cuyos miembros sufrían ser divididos y sus miembros ser lacerados. Pues, ya que Cristo sufrió por la Iglesia, y la Iglesia es el cuerpo de Cristo (Efesios V, 25); no parece que aquellos que anulan su pasión y dividen su cuerpo, exhiban fe en Cristo.

48. Así, aunque tenía el capital de la gracia, y temía navegar como deudor de tan gran nombre; sin embargo, prefirió pasar a donde pudiera pagar con seguridad: pues juzgaba que la solución de la gracia divina estaba en el afecto y la fe; lo cual, tan pronto como tuvo la oportunidad más libre de la Iglesia, no tardó en cumplir. Y recibió la gracia de Dios deseada, y la conservó recibida. Nada, por tanto, más sabio que esa prudencia, que distingue lo divino de lo humano.

49. Pues, ¿qué puedo decir de su elocuencia probada en los foros? ¡Con qué increíble admiración brilló en el auditorio de la prefectura sublime! Pero prefiero alabar aquellas cosas que, habiendo recibido los misterios de Dios, consideró superiores a las humanas.

50. Si alguien desea observar más plenamente su fortaleza, considere cuántas veces, después del naufragio, con un cierto desprecio invicto por esta vida, cruzó los mares: recorrió regiones extensas al viajar: finalmente, que en este mismo tiempo no rehuyó el peligro, sino que vino al peligro, paciente de la injuria, negligente del frío, y ojalá cuidadoso de la precaución. Pero bienaventurado por esto mismo, que mientras pudo usar el vigor del cuerpo, cumpliendo sin tropiezo el deber de la juventud, vivió la vida, ignoró la debilidad.

51. ¿Con qué exposición describiré su simplicidad? Pues es una cierta templanza de costumbres, y sobriedad de mente. Conceded, os ruego, permiso, y permitid a mi dolor; para que me sea permitido hablar un poco más abundantemente de aquel con quien ya no se me concede conversar. Ciertamente, también os beneficia, para que advirtáis que no habéis realizado este deber por alguna fragilidad, sino por juicio; ni impulsados por la misericordia de la muerte, sino provocados por la honorabilidad de las virtudes; pues toda alma bendita es simple (Proverbios XI). Pero tal era su simplicidad, que convertido en niño, con la simplicidad de esa edad inocente, brillaba con la imagen de la virtud perfecta, y con un cierto espejo de costumbres inocentes. Entró, por tanto, en el reino de los cielos, porque creyó en la palabra de Dios; porque, como un niño, rechazó el arte de adular, absorbió con clemencia el dolor de la injuria, que más inclementemente vengó: más dispuesto a la queja que al engaño, fácil para la satisfacción, difícil para la ambición, santo para el pudor; de modo que frecuentemente en él predicarías más una vergüenza superflua, que buscarías una necesaria.

52. Pero nunca son superfluos los fundamentos de la virtud; pues el pudor no revoca, sino que recomienda el deber. Así, con un cierto rubor virginal cubriendo su rostro, cuando su

semblante revelaba su afecto, si por casualidad al llegar sorprendía a algún pariente, como abatido y casi sumido en la tierra, aunque en el mismo grupo de hombres no disímil, raro era que levantara el rostro, alzara los ojos, devolviera la palabra: lo cual hacía con un cierto pudor casto de mente, con el cual también concordaba la castidad del cuerpo. Pues guardó intactos los dones del sagrado bautismo, puro de cuerpo, más puro de corazón: no menos aborreciendo el oprobio del discurso adúltero que del cuerpo: no considerando menor reverencia debida a la castidad de las palabras que a la castidad del cuerpo.

53. Finalmente, amó tanto la castidad, que no buscó esposa; aunque en él no solo fue el deseo de castidad, sino también la gracia de la piedad. Sin embargo, de un modo admirable, disimulaba el matrimonio y evitaba la jactancia: y tal era su disimulo, que incluso cuando nosotros le urgíamos, parecía más diferir la unión que rechazarla. Esto fue lo único que no confió ni a los hermanos: no por alguna vacilación de duda, sino por la vergüenza de la virtud.

54. ¿Quién, por tanto, no admirará a un hombre entre dos hermanos, uno virgen, otro sacerdote, en edad intermedio, en magnanimidad no inferior, que así entre dos grandes dones se destacó; que reflejó la castidad de uno y la santidad del otro, no por el vínculo de la profesión, sino por el deber de la virtud? Por tanto, si la lujuria y la ira son las nodrizas de los demás vicios, con razón diría que la castidad y la clemencia son ciertas madres de las virtudes; aunque la piedad también es, como el principado de todos los bienes, así también el semillero de las demás virtudes.

55. Pues, ¿qué puedo decir de su parquedad y cierta castidad de poseer? Pues no busca lo ajeno quien guarda lo suyo: ni se infla con lo desmedido quien está contento con lo propio. Por tanto, no quiso recuperar nada más que lo propio; más para no ser defraudado que para enriquecerse. Pues a aquellos que buscaban lo ajeno, con razón los llamaba gavilanes del dinero. Pues si la raíz de todos los males es la avaricia; ciertamente se despojó de los vicios, quien no busca el dinero (I Timoteo VI, 10).

56. Nunca se deleitó con banquetes más refinados o con platos amontonados, salvo cuando invitaba a amigos: buscando lo que bastara a la naturaleza, no lo que sobrara al placer. Y ciertamente no era pobre en riquezas, pero sin embargo era pobre de espíritu. De su bienaventuranza (Mateo V, 3) no debemos dudar en absoluto, quien ni como opulento, se regocijó en las riquezas: ni como pobre, juzgó exiguo lo que tenía.

57. Resta que, para la conclusión de las virtudes cardinales, también debemos advertir las partes de la justicia en él. Pues aunque las virtudes son afines entre sí y están unidas; sin embargo, se desea una forma más expresiva de cada una, especialmente de la justicia. Pues esta es más parca consigo misma, y todo lo que tiene, con cierta inclemente de sí misma, mientras es arrebatada por el amor común, lo transfiere a los prójimos.

58. Pero esta tiene múltiples formas. Una hacia los parientes, otra hacia todos, otra hacia el culto de Dios, o la ayuda de los necesitados. Así, cómo fue hacia todos, lo enseñan los afectos de los provincianos, sobre los que presidió: quienes decían que fue más un padre propio que un juez: un árbitro grato de la piadosa necesidad, un constante juez del derecho equitativo.

59. Pero cómo fue entre los hermanos, aunque abarcaba con benevolencia a todo el género humano, lo enseña el patrimonio indiviso: no distribuido ni mermado, sino reservada la herencia. Pues negó que la piedad fuera la causa de hacer testamento. Pues esto también lo selló en su último discurso, cuando recomendó a aquellos que amaba; que no tuvo la decisión

de tomar esposa, para no ser separado de los hermanos: ni la voluntad de hacer testamento, para no herir nuestro juicio en algo. Finalmente, aunque fue rogado y suplicado por nosotros, no pensó que debía hacer testamento: no olvidando, sin embargo, a los pobres, sino solo suplicando que se les diera tanto como nos pareciera justo.

60. Con lo cual expresó suficientemente un indicio del temor divino, y dio un ejemplo de religión humana. Pues lo que dio a los pobres, lo ofreció a Dios; pues quien da al pobre, presta a Dios (Proverbios XIX, 17): y al pedir lo que es justo, no dejó poco, sino todo. Pues esta es la suma de la justicia, vender lo que tienes y darlo a los pobres. Pues quien dispersó, dio a los pobres, su justicia permanece para siempre (Salmo CXI, 9). Por tanto, nos dejó como dispensadores, no como herederos; pues la herencia se busca para el sucesor, la dispensación se obliga a los pobres.

61. Por lo tanto, no sin razón, el Espíritu Santo expresó hoy, a través de la voz de un pequeño lector, cuán grande fue: "Inocente de manos y puro de corazón, que no ha entregado su alma a la vanidad, ni ha engañado a su prójimo: esta es la generación de los que buscan a Dios" (Salmo XXIII, 4, 6). Este, por tanto, ascenderá al monte del Señor y habitará en el tabernáculo de Dios; porque, habiendo entrado sin mancha, ha obrado justicia, ha hablado verdad, no ha engañado a su prójimo (Salmo XIV, 2, 3): ni ha prestado su dinero con usura, quien siempre quiso recuperar su herencia. Reconozco el oráculo; pues lo que ninguna disposición ordenó, el Espíritu lo reveló.

62. ¿Y qué diré de aquello, que superó la justicia misma con piedad; cuando pensó que debía otorgarse al administrador de los frutos comunes de mi contemplación del don, me atribuía como autor de la generosidad, y aportaba la ganancia de su porción al consorcio común?

63. Estas y otras cosas, que entonces me eran placenteras, ahora exacerban el recuerdo del dolor. Sin embargo, permanecen y siempre estarán, y nunca pasarán como una sombra, pues la gracia de la virtud no muere con el cuerpo, ni el fin de la naturaleza y de los méritos es el mismo; aunque el uso de la naturaleza misma no muere para siempre, sino que descansa en una cierta vacación temporal.

64. Por tanto, lloraré más por el deseo que por la pérdida de quien, habiendo cumplido con tales virtudes, fue arrebatado de los peligros. Pues la misma oportunidad de la muerte sugiere que debemos más bien agradecer que lamentar; pues está escrito que en el dolor común debe haber un descanso propio (IV Esdras X, 11 y ss.). Pues no se dice en el discurso profético solo a aquella mujer que se figura, sino a cada uno, cuando parece dicho a la Iglesia.

65. Se dice, por tanto, también a mí, y la Escritura celestial dice: ¿Enseñas esto, así instruyes al pueblo de Dios? ¿O no sabes que tu ejemplo es el peligro de los demás? A menos que te quejes de no haber sido escuchado. Esto primero es de la impudencia arrogante, querer merecer solo lo que sabes que también se ha negado a muchos santos; pues sabes que Dios no hace acepción de personas (Hechos X, 34). Porque aunque Dios es misericordioso, sin embargo, si siempre escuchara a todos, ya no parecería actuar por libre voluntad, sino por una cierta necesidad; además, si todos ruegan, si escuchara a todos, nadie moriría. ¿Por cuántos ruegas cada día? ¿Acaso debe ser disuelta la constitución de Dios por tu contemplación? ¿Por qué entonces te duele no haber obtenido a veces lo que sabes que no siempre es obtenible?

66. Necia, dice, sobre todas las mujeres, ¿no ves nuestro luto, y lo que nos ha sucedido, porque Sion, nuestra madre, se entristece con toda tristeza, y ha sido humillada con

humillación? Llorad fuertemente ahora, porque todos lloramos; y estad tristes, porque todos estamos entristecidos: tú te entristeces por tu hermano. Pregunta a la tierra y te dirá, porque esta es la que debe llorar, sobreviviente de tantos brotes: y de ella, dice, desde el principio todos nacieron, y otros vendrán, y he aquí que casi todos caminan hacia la perdición, y en exterminio se convierte su multitud. ¿Y quién, entonces, debe llorar más, sino aquella que ha perdido tan gran multitud, que tú que lloras por uno solo (IV Reyes X, 6 y ss.)?

67. Que, por tanto, el dolor común absorba nuestro dolor, y excluya la amargura de nuestro propio pesar. Pues no debemos lamentar a aquellos que vemos liberados; ni recordamos en vano a tan santas almas liberadas de las cadenas corporales en este tiempo. Pues como por juicio divino vemos viudas tan graves fallecidas al mismo tiempo, que parece un exceso de partida, no un ocaso de muerte; para que la castidad veterana con servicios meritorios no cayera en duda de la pureza largamente conservada. ¡Qué gemidos, qué dolores excita en mí tan amarga memoria! Y si no me dedicaba a los pesares; sin embargo, en el mismo dolor privado, en la misma pérdida de tantas flores de méritos, una cierta condición común de la naturaleza me consolaba: y fijado en un solo dolor, la amargura del funeral público, la piedad doméstica lo cubría.

68. Repito, por tanto, Sagrada Escritura, tus consuelos; pues es grato permanecer en tus preceptos, en tus sentencias. ¡Cuán más fácil es que pasen el cielo y la tierra, que caiga un ápice de la Ley (Lucas XVI, 17)! Pero ya escuchemos lo que está escrito: Ahora, dice, retén en ti mismo tu dolor, y soporta valientemente los sucesos que te han acontecido. Pues si justificas el término de Dios, recibirás a tu hijo en su tiempo, y serás alabado entre las mujeres (IV Esdras X, 15, 16). Si esto se dice a una mujer, ¿cuánto más a un sacerdote? Si sobre un hijo, no es absurdo que tales cosas puedan recordarse también por la pérdida de hermanos; aunque si hubiera sido mi hijo, nunca lo habría amado más. Pues así como en la muerte de los hijos los trabajos derramados, los dolores sufridos en vano parecen aumentar el pesar; así también en los hermanos el uso de la costumbre y del colegio encienden la amargura del dolor.

69. Pero he aquí que escucho a la Escritura diciendo: No digas esta palabra, sino consiente en ser persuadido. ¿Cuál es la caída de Sion? Consuélate por el dolor de Jerusalén. Pues ves que nuestras cosas santas han sido contaminadas, y el nombre que se ha nombrado sobre nosotros casi ha sido profanado, y aquellos nuestros han sufrido afrenta, y nuestros sacerdotes han sido quemados, y nuestros levitas han estado en cautiverio, y nuestras mujeres han sido contaminadas, y nuestras vírgenes han sido violadas, y nuestros justos han sido arrebatados, y nuestros niños han sido traicionados, y nuestros jóvenes han servido, y nuestros fuertes han sido debilitados. Y lo que es mayor que todo, el sello de Sion, porque ha sido despojada de su gloria, ahora ha sido entregada en manos de aquellos que nos odian. Por tanto, sacude tu mucha tristeza, y depón de ti la multitud de dolores; para que el Fuerte te sea propicio, y el Altísimo te dé descanso del dolor (Ibid., 20 y ss.).

70. Cesen, por tanto, las lágrimas, pues debemos obedecer a los remedios saludables, porque debe haber alguna diferencia entre los fieles y los infieles. Lloren, por tanto, aquellos que no pueden tener esperanza de resurrección, la cual no es arrebatada por la sentencia de Dios, sino por la inclemente fe. Que haya diferencia entre los siervos de Cristo y los adoradores de ídolos; para que aquellos lloren a los suyos, a quienes creen perdidos para siempre: que no tengan ferias de lágrimas, ni consigan descanso de tristeza, quienes no creen en el descanso de los muertos. Pero para nosotros, para quienes la muerte no es el fin de la naturaleza, sino de esta vida; ya que la misma naturaleza se renueva para mejor, que todos los llantos borren los sucesos de la muerte.

71. Ciertamente, si aquellos encontraron algún consuelo, quienes consideraron la muerte como el fin del sentido y el defecto de la naturaleza; ¡cuánto más nosotros, a quienes la conciencia de las buenas obras promete mejores recompensas después de la muerte! Los gentiles tienen sus consuelos, porque consideran la muerte como el descanso de todos los males: y así como carecen del fruto de la vida, también creen haber carecido de todo sentido y dolor de las penas, que en esta vida soportamos graves y continuas. Nosotros, sin embargo, debemos ser más erguidos por la recompensa, y también más pacientes por el consuelo; pues no parecen ser perdidos, sino enviados por adelantado, aquellos que no serán tomados por la muerte, sino recibidos por la eternidad.

72. Cesen, por tanto, las lágrimas: o si no pueden cesar, en los lamentos comunes lloraré por ti, hermano, y bajo el dolor público cubriré los gemidos domésticos. Pues, ¿cómo podrán cesar, cuando a cada sonido de tu nombre las lágrimas se deslizan, o cuando el mismo uso excita el recuerdo, o cuando el afecto representa la imagen, o cuando el recuerdo renueva el dolor? ¿Cuándo, en efecto, faltas, tú que eres representado por tantos oficios? Estás presente, digo, y siempre te ofrezco, y te abrazo con todo mi ánimo y mente, te miro, te hablo, te beso, te comprendo incluso en el mismo descanso nocturno, o en la luz clara; cuando te dignas a visitar y consolar al que llora. Finalmente, las mismas noches, que parecían más molestas, mientras vivías, porque negaban la abundancia de mutua visión: el mismo sueño, antes interrupción desagradable de nuestras conversaciones, ha comenzado a ser dulce; porque te ha devuelto a mí. No somos, por tanto, miserables, sino bienaventurados; cuya presencia no falta, ni se disminuye el cuidado, y se aumenta la gracia. Pues la imagen del sueño es semejante a la de la muerte.

73. Pero si en el descanso nocturno, aún adheridos a las cadenas corporales, y como si estuvieran atados entre las cárceles de los miembros; las almas pueden, sin embargo, percibir cosas más altas y discretas: ¡cuánto más contemplan estas cosas, cuando ya con sentido puro y etéreo no sufren impedimentos de la mancha corporal! Y con razón, cuando me quejaba, ya al declinar el día hacia el ocaso, de que no revisitaras al que descansa, estuviste presente todo el tiempo indiviso; de modo que, sumido en aquel sopor de los miembros, mientras yo velaba por ti, tú vivías para mí, decía: ¿Qué es la muerte, hermano? Pues ciertamente no te separabas de mí en ningún momento; así estabas siempre presente, que la abundancia que no podíamos tener en el uso de esta vida, ahora nos es siempre y en todas partes presente. Pues entonces ciertamente no todo podía estar presente; pues nuestros abrazos, visiones y dulzuras de besos corporales no estaban disponibles en todos los lugares y en todos los tiempos. Las imágenes de los ánimos siempre estaban con nosotros, incluso cuando no estábamos juntos: las cuales ni ahora han muerto, y vuelan continuamente, con mayor deseo, con mayor abundancia.

74. Te tengo, por tanto, hermano, ni la muerte ni el tiempo me arrebatarán de ti. Las lágrimas mismas son dulces, los llantos mismos son placenteros, con los cuales se apaga el ardor del ánimo, y como si relajado, el afecto se evapora. Pues no puedo estar sin ti, ni recordarte sin lágrimas. ¡Oh días amargos, que reveláis la unión interrumpida! ¡Oh noches lamentables, que perdisteis tan buen compañero de descanso, y compañero indiviso para mí! ¡Qué cruces produciríais, si no se ofreciera la imagen del presente, si las visiones del ánimo no representaran, lo que la apariencia del cuerpo negaría!

75. Ahora, ahora, hermano queridísimo para mi ánimo, aunque hayas fallecido con una muerte prematura; sin embargo, bienaventurado, que no soportas estas cosas, ni eres obligado a llorar al hermano perdido, a quien ausente no podías soportar por mucho tiempo, sino que con rápido regreso revisabas. Pues si entonces te apresurabas a repeler los tedios de mi

soledad, a aliviar la tristeza de la mente fraterna; ¡cuánto más ahora debes visitar el ánimo afligido, y aliviar el dolor concebido por ti, a través de ti!

76. Pero a mí, sin embargo, el uso del deber me da algunas treguas, y la intención del oficio sacerdotal distrae mi ánimo: ¿qué será de la santa hermana, que aunque temple la piedad con el temor divino; sin embargo, enciende de nuevo el mismo dolor de la piedad con el celo de la religión, tendida en el suelo y abrazando todo el túmulo con su regazo, cansada por el arduo caminar, triste en el afecto, renueva el dolor día y noche? Pues aunque a menudo suspende el llanto con palabras, lo renueva en la oración: y aunque la memoria de las Escrituras precede a las consolaciones de los sembradores; sin embargo, compensa el deseo de llorar con la asiduidad de la oración, restaurando la abundancia de lágrimas especialmente cuando nadie puede interrumpir. Así que tienes algo de lo que compadecerte: no tienes nada que reprochar; pues llorar en la oración es virtud. Y aunque esto es familiar para las vírgenes, cuyo sexo es más blando, el afecto más tierno, con la contemplación de la fragilidad común se desborda en lágrimas incluso sin el sentido doméstico del dolor; sin embargo, cuando hay mayor causa de llorar, se excluye el fin de los pesares.

77. Por tanto, falta el camino de la consolación, porque hay gracia para excusar. Pues no puedes prohibir lo que enseñas; especialmente cuando la religión afirma las lágrimas, no el dolor; y cubre la serie de la lamentación común con el temor del pudor. Consuéla, por tanto, quien puedes acceder al ánimo, penetrar la mente. Que te vea presente, que sienta que no estás muerto; para que, segura de su mérito, habiendo cumplido con el consuelo, aprenda a no dolerse gravemente por aquel que le ha recordado que no debe ser dolido.

78. Pero, ¿por qué te detengo, hermano? ¿Por qué espero, para que nuestra oración muera contigo, y como si fuera sepultada contigo? Aunque la misma apariencia y forma del cuerpo inanimado consuela, y la gracia que permanece y la figura que perdura acarician los ojos; nada, digo, me detiene, procedamos al túmulo. Pero primero digo adiós por última vez ante el pueblo, predico la paz, libero el beso. Precede a aquella casa común para todos y debida, pero ya para mí más deseable que para los demás. Prepara la compañía para el huésped; y así como aquí todo fue común para nosotros, así allí también no conozcamos derecho dividido.

79. No, te ruego, no me dejes esperando mucho tiempo, apresúrate a esperarme, ayúdame a apresurarme, y si te parece que me demoro demasiado, llámame. Pues nunca estuvimos separados por mucho tiempo; tú, sin embargo, solías visitar. Ahora, ya que no puedes regresar, iremos a ti: es justo que devolvamos el oficio, asumamos el turno. Nunca nuestra condición de vida fue más separada: siempre o la salud o la enfermedad fue común; para que cuando uno enfermara, el otro cayera en la enfermedad: y cuando uno se recuperara, ambos se levantarán. ¿Cómo hemos perdido nuestro derecho? Y ahora hubo compañía en la enfermedad, ¿cómo no hubo compañía en la muerte?

80. A ti ahora, Dios omnipotente, encomiendo el alma inocente, a ti ofrezco mi sacrificio: recibe propicio y sereno el don fraterno, sacrificio del sacerdote. Estos son ya mis libaciones que envío por adelantado, en este empeño vengo a ti, no con prenda de dinero, sino con prenda de vida; para que no me hagas residir más tiempo como deudor de tan gran interés. No es pequeña la usura del amor fraterno, ni vil la suerte de la naturaleza, que los incrementos de la virtud acumulan. Puedo soportar, si pronto me obligas a pagar.

LIBRO SEGUNDO. SOBRE LA FE EN LA RESURRECCIÓN.

1. En el libro anterior concedimos algo al deseo, para que no pareciera que los remedios más severos aplicados a una herida ardiente exacerbaran más que aliviaran el dolor: al mismo tiempo, porque hablamos a menudo con el hermano, y lo teníamos ante los ojos, no fue absurdo relajar un poco el afecto de la naturaleza, que se alimenta más con lágrimas, se alivia con llantos, se fija con estupor. Pues la forma de la piedad es blanda y tierna, no ama nada insolente, nada áspero, nada duro: la paciencia se prueba más soportando que resistiendo.

2. Por tanto, porque el día de la muerte entre aspectos llorosos debió inclinar el ánimo fraterno, porque lo ocupaba todo; ahora, ya que en el séptimo día regresamos al sepulcro, que es símbolo del futuro descanso, es grato desviar un poco la mente del hermano hacia la exhortación común del género humano, y transferir la intención; de modo que no nos fijemos totalmente en los sentidos en el hermano, para que no se infiltre el afecto: ni, exiliados de tanta piedad y gracia, abandonemos a aquel a quien amamos; y verdaderamente aumentemos para nosotros la injuria de tanto dolor, si hoy también muere para nosotros en el discurso.

3. Por lo tanto, hemos propuesto, hermanos queridísimos, consolarnos con el uso común, y no considerar duro lo que a todos nos espera; y por eso no debe llorarse la muerte: primero, porque es común, y debida a todos: luego, porque nos libera de las miserias de este mundo: finalmente, porque en la apariencia del sueño, donde se descansa del trabajo de este mundo, se nos devuelve un vigor más vivaz. ¿Qué dolor no consuela la gracia de la resurrección? ¿Qué pesar no excluye, si crees que nada perece con la muerte; más bien, que por la celeridad de la misma muerte se hace que no pueda perecer más? Será, por tanto, hermanos queridísimos, que en la exhortación común, también paguemos nuestro afecto al hermano: ni parezca que nos hemos desviado mucho de él, si por la esperanza de la resurrección, y la dulzura de la futura gloria, también en el discurso hoy revive para nosotros.

4. Comencemos, por tanto, por enseñar que no debemos llorar la muerte de los nuestros. Pues, ¿qué es más absurdo que lamentar como especial lo que sabes que está prescrito para todos? Esto es elevar el ánimo por encima de la condición, no aceptar la ley común, rechazar la comunidad de la naturaleza, inflar la mente de la carne, y no conocer la medida de la misma carne. ¿Qué es más absurdo que no saber quién eres, aspirar a lo que no eres? ¿O qué es más imprudente que no poder soportar lo que sabes que sucederá? La misma naturaleza nos llama, y nos aparta de tales pesares con una cierta consolación de sí misma. ¿Quién es tan grave en el luto, o tan amargo en el dolor, en el que no se relaje a veces el ánimo? La naturaleza tiene esto, que aunque los hombres estén en cosas tristes; sin embargo, si son hombres, apartan un poco la mente del pesar.

5. Se dice que hubo pueblos que lloraban los nacimientos de los hombres, y celebraban las muertes. Y no sin prudencia; pues consideraban que aquellos que habían venido a este mar de la vida debían ser llorados: pero aquellos que habían emergido de las tormentas y olas de este mundo, debían ser acompañados con justa alegría. Nosotros mismos también olvidamos los días natales de los difuntos, y renovamos con solemne celebración el día en que murieron.

6. Por lo tanto, no debe asumirse un pesar grave según la naturaleza; para que no parezca que nos arrogamos alguna excepción superior de la naturaleza, o rechazamos la común. Pues la muerte es igual para todos, indiscriminada para los pobres, inexcepta para los ricos. Y por eso, aunque por el pecado de uno, sin embargo, pasó a todos (Romanos V, 18); para que no rehuyamos al autor del género, no rehuyamos también la muerte: y sea para nosotros como por uno la muerte, así también por uno la resurrección; ni rechacemos la miseria, para que lleguemos a la gracia: pues vino, como leemos, Cristo a salvar lo que se había perdido (Lucas XIX, 10): y para que no solo domine sobre los vivos, sino también sobre los muertos

(Romanos XIV, 9). Caí en Adán, fui expulsado del paraíso en Adán, morí en Adán; ¿cómo me llamará de nuevo, si no me encuentra en Adán, para que en él, sujeto a la culpa, deudor a la muerte, así en Cristo justificado (San Agustín de Pecc. orig., cap. 41)? Si, por tanto, es deuda de muerte, la solución debe ser tolerable. Pero este lugar debe reservarse para las partes posteriores.

7. Ahora se propone afirmar que la muerte no debe ser motivo de un dolor más grave, ya que la misma naturaleza la rechaza. De hecho, se dice que los licios tienen preceptos que ordenan a los hombres vestir ropa de mujer si se entregan al dolor; porque consideran que el luto en un hombre es blando y afeminado. Es vergonzoso que aquellos que deben ofrecer su pecho a la muerte por la fe, por la religión, por la patria, por la equidad del juicio y por la intención de la virtud, se aflijan más gravemente por otro, cuando en sí mismos, si la causa lo exige, es algo que debe buscarse. Pues, ¿cómo puedes no rechazar en ti lo que lamentas con más impaciencia que le haya sucedido a otro? Deja el dolor, si puedes; conténlo, si no puedes.

8. O bien el dolor debe ser absorbido por completo, o debe ser reprimido. ¿Por qué no debería ser la razón, más que el tiempo, la que alivie tu tristeza? No porque la serie de tiempo lo borraré, sino que la prudencia lo mitigará mejor. Incluso considero irreligioso hacia la memoria de aquellos que lamentamos haber perdido, preferir olvidarlos que ser consolados; o recordarlos con horror, en lugar de con gratitud; temer el recuerdo de aquellos cuya imagen debería ser un placer; desconfiar más que esperar de los méritos de los difuntos; y considerar a aquellos que amaste como destinados al castigo, en lugar de a la inmortalidad.

9. Pero dices: Hemos perdido a aquellos que amábamos. ¿No es esto algo que compartimos con el mismo mundo y los elementos, ya que no podemos retener para siempre lo que se nos ha confiado por un tiempo? La tierra gime bajo los arados, es golpeada por las lluvias, sacudida por las tormentas, apretada por el frío, quemada por el sol: para que, fecunda, dé a luz frutos anuales: y cuando se viste con diversas flores, se despoja de su propio adorno. ¿Cuántos saqueadores tiene? No se queja de haber perdido su fruto, que generó para perderlo; ni niega el futuro, que recuerda que le será arrebatado.

10. El mismo cielo no siempre brilla con los globos de las estrellas resplandecientes, con las que se adorna como con coronas. No siempre se ilumina con el amanecer, resplandece con los rayos del sol: sino que, en ciclos constantes, ese rostro del mundo, tan agradable, se oscurece con el horror húmedo de las noches. ¿Qué es más grato que la luz? ¿Qué más placentero que el sol? Que diariamente se ocultan; sin embargo, no nos molesta que se hayan ido, porque presumimos que volverán. Se te enseña en estas cosas cuánta paciencia debes mostrar en las tuyas. Si las cosas superiores a ti caen y no te causan dolor, ¿por qué deberían doler las humanas si caen?

11. Sin embargo, que el dolor sea paciente, que haya un límite en las tristezas, como se exige en las alegrías. ¿Acaso si no conviene alegrarse desmesuradamente, conviene llorar? No es un mal menor la desmesura del dolor o el miedo a la muerte. ¿A cuántos ha empujado al lazo, armado con la espada; para que en eso mismo traicionen su locura, no soportando la muerte y buscándola; y lo que huían como un mal, lo adoptaran como remedio? Porque, al no poder soportar y sufrir lo que es conforme a su naturaleza, caen en lo contrario a su deseo; para que se separen para siempre de aquellos a quienes deseaban seguir. Pero esto es raro; porque la misma naturaleza lo revoca, aunque la locura precipite.

12. Sin embargo, es frecuente en las mujeres, que lancen clamores públicos, como si temieran que su aflicción pasara desapercibida: que busquen la suciedad en el vestido, como si en él estuviera el sentido del dolor: que mojen su cabeza desaliñada con suciedad: que finalmente, como suele hacerse en muchos lugares, desgarran su manto, rasguen su vestido, y expongan desnudo su pudor secreto, como si prostituyeran su pudor mismo, porque han perdido las recompensas de su pudor. Así, los ojos atrevidos son provocados para desear, para comenzar a amar los miembros desnudos: que si no los vieran, no los amarían. Y ojalá esos sucios cobertores del cuerpo no cubrieran la apariencia, sino la mente. A menudo, bajo un triste atuendo, se oculta la lascivia de la mente: y el horror deforme del vestido se oculta; para que se cubran los secretos de las almas impúdicas.

13. Lloro suficientemente piadosa a su esposo, quien guarda su pudor, no abandona la fidelidad. Estos son los buenos oficios que se rinden a los difuntos, para que vivan en las mentes, persistan en los afectos. No ha perdido a su esposo, quien muestra castidad: no ha sido despojada del matrimonio, quien no ha cambiado el nombre de su marido. Ni tú has perdido al heredero, quien ayudas al coheredero: sino que, en lugar de un sucesor de cosas corruptibles, has cambiado por un compañero de cosas inmortales. Tienes quien te represente al heredero: paga al pobre lo que se debe al heredero; para que no solo sobreviva a la vejez materna o paterna, sino también a la propia vida. Dejas más a tu sucesor, si su parte no se destina al lujo de lo presente, sino al valor de lo futuro.

14. Pero deseamos a los que hemos perdido. Hay dos cosas que más nos angustian, o el deseo de aquellos que hemos perdido, como mido por mi propio ejemplo: o que consideremos que han sido privados de la dulzura de la vida, arrebatados de los frutos de su trabajo. Pues la tierna excitación del amor es una que despierta un afecto inesperado, dejando más la capacidad de calmar el dolor que de excluirlo: al mismo tiempo, porque parece piadoso desear lo que has perdido, y la debilidad crece con la apariencia de virtud.

15. Pero, ¿por qué crees que debería ser más paciente aquella que ha dejado ir a su amado a tierras extranjeras, y ha sabido que ha cruzado el mar por el servicio militar, o por el deber de una administración asumida, o por el uso del comercio; que tú, que no eres abandonado por un capricho fortuito, o por el afán de dinero, sino por la ley de la naturaleza? Pero la esperanza de recuperar está cerrada para ti: como si alguien tuviera la certeza de regresar. Y a menudo las dudas fatigan más, donde el miedo al peligro es completo, y es más grave temer que haya sucedido, que soportar lo que ya sabes que ha sucedido. Pues una cosa acumula el máximo de temor, otra espera el fin del dolor.

16. ¿Acaso los amos tienen el derecho de transferir a los esclavos según lo que han decidido, y Dios no lo tiene? Pero no puedes esperar al que regresa; sin embargo, puedes seguir al que precede. Y ciertamente, el breve uso de la vida no parece haberle arrebatado mucho a aquel que ha precedido: ni a ti diferir más tiempo, que has permanecido.

17. Pero si no puedes mitigar tu deseo; ¿no parece indigno querer cambiar el orden de las cosas por el afán de tu deseo? Los deseos de los amantes son ciertamente más ardientes, y sin embargo se moderan con la mirada de la necesidad: y si les duele ser abandonados, no suelen llorar: se avergüenzan de amar con impaciencia al ser dejados. Así, la paciencia del deseo se prueba más.

18. Pero, ¿qué decir de aquellos que piensan que los difuntos son privados de la dulzura de la vida? No puede haber alegría entre estas amarguras o dolores de nuestra vida, que se generan ya sea por la debilidad del cuerpo mismo, o por la incomodidad de los accidentes externos.

Pues siempre ansiosos, y suspendidos en los mismos deseos de alegrías, fluctuamos en una cierta incertidumbre, esperando lo incierto por lo cierto, lo incómodo por lo favorable, lo caduco por lo sólido: no teniendo nada de poder en el arbitrio, nada de firmeza en el deseo. Pero si algo sucede contra la voluntad, nos consideramos perdidos; y nos quebramos más por el dolor de las adversidades, que disfrutamos del fruto de las cosas favorables. ¿De qué bienes carecen, entonces, aquellos que son más liberados de las incomodidades?

19. Creo que la buena salud ayuda más que aflige la mala: o la opulencia deleita más que afecta la pobreza: o la gracia de los hijos es más amable que la pérdida lamentable: o la juventud es más placentera que la vejez más triste. Cuántas veces se cansa uno de sus propios deseos y se arrepiente de lo que ha deseado; para que lamente haber obtenido lo que temía no obtener. ¿Qué exilios, y las amarguras de otras penas, pueden compensar la patria? ¿Qué placeres? Que incluso cuando están presentes; sin embargo, se debilitan, ya sea por la falta de afecto para usarlos, o por el miedo a perderlos.

20. Sin embargo, sea así: que el curso de la vida humana permanezca sin ofensas, libre de dolores, perpetuo en los placeres; ¿qué bien puede conseguir el alma en este tipo de cuerpo encerrada en sus ataduras, y constreñida por ciertos estrecheces de los miembros? Si nuestra carne huye de la prisión, si detesta todo lo que niega la facultad de vagar; que ciertamente parece extenderse más allá de sí misma con pequeños sentidos de oír y ver: ¿cuánto más nuestra alma anhela escapar de esta cárcel corporal, que libre en su movimiento aéreo, no sabemos a dónde va, o de dónde viene (Juan 3, 8)?

21. Sin embargo, sabemos que sobrevive al cuerpo, y que, ya liberada de las barreras de su propio sentido, ve con mirada libre lo que antes, situada en el cuerpo, no veía. Lo que podemos estimar por el ejemplo de los que duermen (cuyas almas, como si el cuerpo estuviera sepultado en el descanso, se elevan a cosas más altas, y anuncian al cuerpo) visiones de cosas ausentes, o incluso celestiales. Por lo tanto, si la muerte de la carne nos libera de las miserias del mundo, ciertamente no es un mal, ya que restaura la libertad, excluye el dolor.

22. De aquí, pues, debemos abordar el lugar de la discusión de que la muerte no es un mal; porque es el refugio de todas las miserias y males, y un puerto seguro de seguridad, y un puerto de descanso. Pues, ¿qué no experimentamos de adverso en esta vida? ¿Qué tormentas y tempestades no soportamos? ¿De qué incomodidades no somos agitados? ¿A quién se le perdonan los méritos?

23. El santo patriarca Israel, fugitivo de su patria, hermano, padres, cambió su hogar por el exilio (Gén. 28, 5), lloró la violación de su hija (Gén. 34, 2), la muerte de su yerno (Gén. 49, 5), soportó el hambre, perdió su sepultura al morir; pues rogó que sus huesos fueran trasladados, para que ni siquiera muerto descansara.

24. El santo José experimentó el odio de sus hermanos, las intrigas de los envidiosos, la servidumbre de los esclavos, el dominio de los mercaderes (Gén. 37, 4 y ss.), la petulancia de su señora, la ignorancia de su marido, y también la miseria de la cárcel (Gén. 39, 12 y ss.).

25. El santo David perdió dos hijos: uno incestuoso (2 Sam. 13, 29), el otro parricida (2 Sam. 18, 14). Haberlos tenido es motivo de pudor, perderlos es motivo de dolor. También perdió a un tercero, a quien amaba, un niño pequeño. A este lo lloró mientras vivía, no lo deseó muerto. Pues así leemos (2 Sam. 12, 18) que, mientras el niño estaba enfermo, David rogaba al Señor por él, ayunaba, yacía en cilicio, y a los ancianos que estaban con él, que lo

levantaran de la tierra, no consideraba que debía levantarse ni comer. Pero cuando supo que el niño había muerto, se levantó de la tierra, se lavó de inmediato, se ungió, cambió sus vestiduras, adoró al Señor, tomó alimento (Ibid., 20). Cuando esto parecía sorprendente a sus siervos, les respondió que había ayunado y llorado correctamente mientras el niño vivía; porque justamente pensaba que el Señor podía tener misericordia, y no dudaba de que podía preservar la vida del viviente, quien podía vivificar a los muertos: pero ahora, con la muerte ocurrida, ¿por qué ayunaría, quien ya no podía devolver al muerto ni revivir al inanimado? "Yo", dijo, "iré a él; pero él no volverá a mí" (Ib. 23).

26. ¡Oh, gran consuelo del que desea! ¡Oh, verdadero juicio del sabio! ¡Oh, maravillosa sabiduría del siervo! para que nadie considere indigno que le haya sucedido algo adverso, y se queje de ser afligido contra su mérito. ¿Quién eres tú, que pronuncias sobre tu mérito antes? ¿Por qué deseas anticipar al conocedor? ¿Por qué arrebatas la sentencia al juez? Ni siquiera a los santos se les permitió esto, ni fue usurpado impunemente por los santos. David confiesa en su cántico que fue azotado por esto: "He aquí, los pecadores mismos y los que abundan en el mundo, han obtenido riquezas. Por lo tanto, en vano he justificado mi corazón, y he lavado mis manos entre los inocentes: y he sido azotado todo el día, y mi castigo fue por la mañana" (Sal. 72, 12 y ss.).

27. Pedro también, aunque lleno de fe y devoción; sin embargo, porque aún no consciente de nuestra debilidad, presumptuosamente dijo al Señor: "Pondré mi vida por ti" (Juan 13, 37); cayó en la tentación de la presunción antes de que el gallo cantara tres veces (Juan 18, 27). Aunque esa tentación fue una lección para la salvación; para que aprendamos a no despreciar la debilidad de la carne, no sea que al despreciarla seamos tentados. Si Pedro fue tentado, ¿quién presume, quién afirma que no puede ser tentado? Y sin duda, Pedro fue tentado por nosotros, para que en el más fuerte no hubiera peligro de tentación: sino que en él aprendiéramos cómo, en las persecuciones, resistiendo, aunque tentados por el deseo de la vida; sin embargo, venceríamos el aguijón de la tentación con las lágrimas de la paciencia.

28. Sin embargo, el mismo David, para que no mueva a alguien que sea tenaz en las Escrituras la diversidad de los hechos: el mismo, digo, David lloró al parricida muerto, quien no lloró al inocente. De hecho, cuando lloraba y se lamentaba, dijo: "Hijo mío Absalón, hijo mío Absalón; ¿quién me dará la muerte por ti?" (2 Sam. 18, 33). No solo se llora a Absalón, se llora al parricida, se llora a Amnón (2 Sam. 13, 36). No solo se llora al incestuoso, sino que también se le castiga: uno por el desprecio del reino, otro por el exilio del hermano. Se llora al criminal, no se llora al amado. ¿Cuál es la causa? ¿Cuál es la razón? No es una deliberación menor en los prudentes, una confirmación en los sabios; pues en tanta diversidad de hechos, la constancia de la prudencia es grande, una sola fe. Y lloró a esos muertos, y no consideró que el niño muerto debía ser llorado; pues creía que aquellos se habían perdido para él, esperaba que este resucitaría.

29. Pero sobre la resurrección más adelante, ahora volvamos a lo propuesto. Hemos adelantado que incluso los santos hombres han soportado cosas graves y muchas en este mundo sin el apoyo de sus méritos, con la miseria de los trabajos. Por lo cual, regresando a sí mismo, David dice en los posteriores: "Acuérdate, Señor, que somos polvo, el hombre es como la hierba, sus días" (Sal. 102, 15); y en otro lugar: "El hombre es semejante a la vanidad, sus días pasan como una sombra" (Sal. 143, 4). ¿Qué hay más miserable para nosotros, que como despojados y desnudos somos arrojados a esta vida, con un cuerpo frágil, un corazón inconstante, un ánimo débil, ansiosos por las preocupaciones, perezosos para los trabajos, inclinados a los placeres?

30. Por lo tanto, no nacer es mucho mejor, según la sentencia del santo Salomón. Incluso aquellos que se consideraron a sí mismos como sobresalientes en la filosofía lo siguieron. Pues él, anterior a ellos, posterior a los nuestros, así habló en el Eclesiastés: "Y alabé a todos los muertos que ya han muerto, más que a los vivos, cualquiera que viva hasta ahora. Y el mejor sobre estos dos, es el que aún no ha nacido, y que no ha visto esta obra mala que se ha hecho bajo el sol. Y vi todo el trabajo, y toda la virtud de esta obra; porque la emulación del hombre es de su prójimo. Y ciertamente esto es vanidad, y presunción de espíritu" (Ecles. 4, 2 y ss.).

31. ¿Y quién dijo esto, sino aquel que pidió y obtuvo sabiduría (Sab. 7, 7); para conocer la composición del orbe de la tierra, y la virtud de los elementos, el curso del año, y las disposiciones de las estrellas, no ignorar las naturalezas de los animales, y recoger las iras de las bestias, la fuerza de los vientos, y descubrir los pensamientos de los hombres? ¿A quién, pues, no le ocultaron las cosas celestiales, cómo le ocultarían las mortales? ¿Quién investigó el pensamiento de la mujer que reclamaba para sí un niño ajeno (1 Re. 3, 27), quien conoció las naturalezas de los animales, que no había recibido, sin embargo, por la gracia divina que inspiraba (Sab. 7, 20): este, sobre la condición de su propia naturaleza, que experimentó en sí mismo, pudo errar o mentir?

32. Pero no solo él lo sintió, aunque solo él lo expresó. Había leído que el santo Job dijo: "Perecerá el día en que nací" (Job 3, 3); y reconoció que nacer es el principio de todos los males: y por eso deseó que pereciera el día de su nacimiento; para que se eliminara el origen de las incomodidades: y deseó que pereciera el día de su generación; para que recibiera el día de la resurrección. También había oído que Salomón dijo a su padre: "Hazme saber, Señor, mi fin, y el número de mis días; para que sepa qué me falta" (Sal. 38, 5). Pues David sabía que lo que es perfecto no puede ser comprendido aquí, y por eso se apresuraba hacia lo que está por venir. Pues ahora sabemos en parte, y conocemos en parte: pero entonces lo que es perfecto podrá ser comprendido; cuando con rostro revelado comience a resplandecer para nosotros la majestad de la eternidad divina, no como sombra, sino como verdad (1 Cor. 13, 12).

33. Sin embargo, nadie se apresuraría al fin, si no huyera de la incomodidad de esta vida. Y por eso también David expuso por qué se apresura al fin, diciendo: "He aquí, has puesto mis días antiguos, y mi hábito es como nada ante ti: sin embargo, toda vanidad, todo hombre viviente" (Sal. 38, 6). ¿Por qué, entonces, nos demoramos en huir de la vanidad? ¿O por qué nos deleita en este siglo ser vanamente perturbados, acumular un tesoro de riquezas, y no saber para qué heredero las reunimos? Pidamos ser apartados de nosotros las plagas, ser rescatados del siglo insensato, librarnos de la larga peregrinación, regresar a aquella patria y hogar natural. Pues en esta tierra somos extranjeros y peregrinos (Efes. 2, 19): debemos regresar allí de donde descendimos: debemos suplicar y rogar no superficialmente, sino fervientemente; para que seamos liberados de los engaños y de la iniquidad de los habladores. Y aquel que conocía el remedio, sin embargo, lamenta su prolongado exilio, y deplora habitar con pecadores e inicuos (Sal. 119, 5). ¿Qué haré yo, que tengo pecado, y desconozco el remedio?

34. También Jeremías lamenta que haya sido engendrado, diciendo: "¡Ay de mí, madre! ¿por qué me diste a luz hombre que pleitea en toda la tierra? No he sido útil, ni nadie me ha sido útil: mi fuerza ha fallado" (Jer. 15, 10). Si, pues, los santos hombres huyen de la vida, cuya vida, aunque útil para nosotros, se considera inútil para ellos; ¿qué debemos hacer nosotros, que no podemos ser útiles a otros, y sentimos que esta vida se nos carga como un dinero usurario que se acumula con un cierto peso de pecados?

35. "Muero diariamente", dice el Apóstol (1 Cor. 15, 31). Mejor ciertamente, que aquellos que dijeron que la meditación de la muerte es filosofía: pues ellos predicaron el estudio, él ejerció el mismo uso de la muerte. Y ellos ciertamente por sí mismos: pero Pablo, siendo perfecto, moría no por su propia debilidad, sino por la nuestra. ¿Y qué es la meditación de la muerte, sino una cierta separación del cuerpo y el alma; porque la muerte misma no se define de otra manera que como la separación del cuerpo y el alma? Pero esto según la opinión común.

36. Según las Escrituras, aceptamos que hay una triple muerte. Una es cuando morimos al pecado y vivimos para Dios (Rom. VI, 10). Por lo tanto, es una muerte bendita, que, al rechazar la culpa y dedicarse al Señor, nos separa de lo mortal y nos consagra a lo inmortal. Otra muerte es el paso de esta vida, en la cual murieron el patriarca Abraham, el patriarca David, y fueron sepultados con sus padres; cuando el alma se libera del vínculo del cuerpo. La tercera muerte es aquella de la que se dijo: "Deja que los muertos entierren a sus muertos" (Mat. VIII, 22). En esa muerte no solo muere la carne, sino también el alma: "El alma que pecare, esa morirá" (Ezequiel XVIII, 4). Pues muere al Señor, no por la debilidad de la naturaleza, sino por la culpa. Pero esta muerte no es el cumplimiento de esta vida, sino la caída en el error.

37. Por lo tanto, una es la muerte espiritual, otra la natural, y la tercera la penal. Pero no es lo mismo la natural que la penal; pues el Señor no dio la muerte como castigo, sino como remedio. De hecho, a Adán pecador se le prescribió una cosa como castigo y otra como remedio; como castigo, cuando se dice: "Porque escuchaste la voz de tu esposa y comiste del árbol del cual te había ordenado que no comieras, maldita será la tierra por tus obras: con tristeza comerás su fruto todos los días de tu vida. Espinas y cardos te producirá, y comerás el pasto del campo. Con el sudor de tu rostro comerás tu pan, hasta que vuelvas a la tierra de la cual fuiste tomado" (Gén. III, 17 y ss.).

38. Tienes un descanso de las penas, porque contra las espinas de este siglo y las preocupaciones del mundo, y los placeres de las riquezas, que excluyen la Palabra, incluyen el castigo (Luc. VIII, 12); la muerte fue dada como remedio, como el fin de los males. No dijo: "Porque escuchaste la voz de la mujer, volverás a la tierra"; pues esto sería una sentencia penal, como aquella: "Maldita será la tierra, espinas y cardos te producirá"; sino que dijo: "Comerás tu pan con sudor, hasta que vuelvas a la tierra". ¿Ves que la muerte es más bien el fin de nuestras penas, por la cual se corta el curso de esta vida?

39. Por lo tanto, la muerte no solo no es un mal, sino que también es un bien. De hecho, se busca como un bien, como está escrito: "Buscarán los hombres la muerte y no la hallarán" (Apoc. IX, 6). La buscarán aquellos que dirán a los montes: "Caed sobre nosotros", y a las colinas: "Cubridnos" (Luc. XXIII, 30). También la buscará aquella alma que peca. La busca aquel rico que, estando en el infierno, desea que Lázaro refresque su lengua con un dedo (Luc. XVI, 24).

40. Vemos, por lo tanto, que esta muerte es ganancia, y la vida es castigo. Por eso Pablo dice: "Para mí, vivir es Cristo, y morir es ganancia" (Fil. I, 21). ¿Qué es Cristo, sino la muerte del cuerpo, el espíritu de vida? Y por eso morimos con él, para vivir con él. Que haya en nosotros un uso cotidiano, un deseo de morir; para que, por aquella separación de las pasiones corporales que hemos mencionado, nuestra alma aprenda a extraerse, y como colocada en lo alto, donde las pasiones terrenales no puedan alcanzarla ni adherirse a ella, asuma la imagen

de la muerte, para no incurrir en el castigo de la muerte. Pues la ley de la carne se opone a la ley de la mente, y la somete a la ley del error, como el Apóstol reveló, diciendo: "Veo en mis miembros otra ley que se rebela contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo a la ley del pecado" (Rom. VII, 23). Todos somos atacados, todos lo sentimos: pero no todos somos liberados. Y por eso, ¡infeliz de mí, si no busco un remedio!

41. Pero, ¿cuál es el remedio? ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor (Ibid., 24, 25). Tenemos un médico, sigamos el remedio. Nuestro remedio es la gracia de Cristo, y el cuerpo de muerte es nuestro cuerpo. Por lo tanto, alejémonos del cuerpo, para no alejarnos de Cristo: y aunque estemos en el cuerpo, no sigamos las cosas del cuerpo, ni abandonemos las leyes de la naturaleza, sino que prefiramos los dones de la gracia: "Deseo partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor; pero quedarme en la carne es más necesario por causa de vosotros" (Fil. I, 23, 24).

42. Pero no es necesario para todos, Señor Jesús: no para mí, que no soy útil a nadie; pues para mí es ganancia morir, para no pecar más. Es ganancia para mí morir, que con este libro con el que consuelo a otros, como un monitor más vehemente, soy impulsado al deseo de mi hermano perdido; porque no me permite olvidarlo. Ahora lo amo más, y lo deseo más intensamente. Lo deseo cuando hablo, lo deseo cuando releo; y por eso creo que esto debe escribirse, para no ser apartado de su recuerdo. No lo hago contra las Escrituras, sino que siento con las Escrituras; para que sufra con más paciencia, y desee con más impaciencia.

43. Me has concedido, hermano, no temer a la muerte, y ojalá mi alma muera en tu alma; pues esto es lo que Balaam desea como el mayor bien, dotado del Espíritu de profecía: "Muera mi alma con las almas de los justos, y sea mi descendencia como la de ellos" (Num. XXIII, 10). Y verdaderamente lo desea según la profecía; pues quien vio el nacimiento de Cristo, vio su triunfo, vio la muerte, vio en él la resurrección eterna de los hombres; y por eso no teme morir, resucitará. No muera, por lo tanto, mi alma en pecado, ni reciba el pecado en sí misma: sino que muera en el alma del justo: para que reciba su equidad. De hecho, quien muere en Cristo, se hace partícipe de su gracia en el bautismo.

44. Por lo tanto, la muerte no es temible, ni amarga para los necesitados, ni más grave para los ricos, ni injusta para los ancianos, ni cobarde para los valientes, ni perpetua para los fieles, ni inesperada para los sabios. Pues cuántos han consagrado su vida solo con el título de la muerte, a cuántos les ha avergonzado vivir, y les ha sido útil morir. Con la muerte de uno solo, a menudo hemos visto a grandes pueblos liberados: con la muerte de un emperador, ejércitos enemigos han sido dispersados, que no pudo vencer en vida.

45. Con la muerte de los mártires, la religión ha sido defendida, la fe ha sido acumulada, la Iglesia ha sido fortalecida: los muertos han vencido, los perseguidores han sido vencidos. Por lo tanto, de aquellos cuya vida no conocemos, celebramos su muerte. Por eso David, proféticamente, se glorió en el éxtasis de su mente: "Preciosa es a los ojos del Señor la muerte de sus santos" (Sal. CXV, 15). Prefirió la muerte a la vida. La misma muerte de los mártires es el premio de la vida. Con la muerte también se disuelven los odios de los enemigos.

46. ¿Qué más? Con la muerte de uno solo, el mundo fue redimido. Pues Cristo pudo no morir, si hubiera querido: pero no consideró que la muerte debía ser evitada como cobardía, ni nos habría salvado mejor que muriendo. Por lo tanto, su muerte es la vida de todos. Con su muerte somos marcados, anunciamos su muerte orando, proclamamos su muerte ofreciendo: su muerte es victoria, su muerte es sacramento, su muerte es la solemnidad anual del mundo.

¿Qué más podemos decir de su muerte, cuando probamos con el ejemplo divino que solo la muerte buscó la inmortalidad, y la misma muerte se redimió? Por lo tanto, no debe lamentarse la muerte, que es causa de salvación pública: no debe evitarse la muerte, que el Hijo de Dios no despreció, no evitó. No debe romperse el orden de la naturaleza; pues lo que es común a todos, no puede ser una excepción en los individuos.

47. Y la muerte, en efecto, no estaba en la naturaleza, pero se convirtió en naturaleza; pues Dios no instituyó la muerte desde el principio, sino que la dio como remedio. Y consideremos que no parezca ser contradictorio. Pues si la muerte es un bien, ¿por qué está escrito que "Dios no hizo la muerte, sino que por la maldad de los hombres la muerte entró en el mundo" (Sab. I, 13; II, 24)? En verdad, la muerte no era necesaria para la obra divina, ya que a los que estaban en el paraíso les fluía una sucesión continua de todos los bienes; pero condenada por la transgresión, la vida de los hombres comenzó a ser miserable en un largo trabajo y un gemido intolerable: y debía darse un fin a los males, para que la muerte restituyera lo que la vida había perdido. Pues la inmortalidad es más una carga que un beneficio, a menos que la gracia inspire.

48. Y si lo examinas bien, esta muerte no es de la naturaleza, sino de la maldad; pues la naturaleza permanece, la maldad muere. Resurge lo que fue: y ojalá que, así como ya es libre de pecar, también esté libre de la culpa anterior. Pero esto mismo es indicio de que la muerte no es de la naturaleza, porque seremos los mismos que fuimos. Por lo tanto, o pagamos el castigo de nuestros pecados, o alcanzamos la gracia de las buenas obras. Pues la misma naturaleza resurgirá, ya más honrada por los méritos de la muerte. De hecho, "los muertos en Cristo resucitarán primero: luego nosotros, los que vivimos", dice, "seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire; y así estaremos siempre con el Señor" (I Tes. IV, 15, 16). Ellos primero, los vivientes después. Ellos con Jesús, los vivientes por Jesús. Para ellos, la vida es más dulce después del descanso: para los vivientes, aunque los beneficios sean gratos, los remedios son desconocidos.

49. Por lo tanto, no hay nada que temer en la muerte, nada que debamos lamentar; si la vida, que fue recibida, se devuelve a la naturaleza que la reclama: o se ofrece al deber que la solicita, en el cual está el culto de la religión o el uso de la virtud. Pues nadie ha deseado permanecer así. A Juan se le prometió, pero no se le creyó. Mantenemos las palabras, derivamos el sentido. Él mismo en el libro niega que se le haya prometido que no moriría; para que nadie sea incitado por una vana esperanza con su ejemplo. Si desearlo es una esperanza insolente; cuánto más insolente es lamentar más allá de lo debido lo que no ha sucedido más allá de lo debido.

50. Los hombres gentiles a menudo se consuelan, ya sea por la comunidad del sufrimiento, o por el derecho de la naturaleza, o por la inmortalidad del alma. Ojalá su discurso fuera coherente, y no transfirieran el alma miserable a diversas formas de monstruosidades y burlas. ¿Qué debemos hacer, entonces, nosotros, cuyo salario es la resurrección? Muchos no pueden negar su gracia, pero niegan la fe. Y por eso no con un solo argumento, sino de varias maneras, como podemos, la afirmamos.

51. Y, de hecho, todas las cosas se creen ya sea por uso, por razón, por ejemplo, o porque es decoroso que existan; y cada una contribuye a la fe. El uso, porque nos movemos: la razón, porque lo que mueve, se estima que pertenece a otra virtud: el ejemplo, porque el campo ha producido frutos, y por eso presumimos que los producirá: lo decoroso, porque incluso donde no esperamos fruto, creemos que es decoroso no abandonar las obras de la virtud.

52. Por lo tanto, cada una se afirma por cada una. Sin embargo, la fe en la resurrección se recoge más evidentemente por tres cosas, que comprenden todo: la razón, el ejemplo del universo, el testimonio de lo sucedido; porque muchos han resucitado. La razón es evidente; porque como todo el uso de nuestra vida está en la compañía del cuerpo y el alma, y la resurrección tiene como premio el buen acto, o el castigo del impío; es necesario que el cuerpo resucite, cuyo acto se evalúa. ¿Cómo será llamada a juicio el alma sin el cuerpo, cuando debe rendir cuentas de su convivencia con el cuerpo?

53. La resurrección se ha atribuido a todos: pero por eso es difícil de creer, porque no es nuestro mérito, sino el don de Dios. Por lo tanto, la primera fe en la resurrección es el uso del mundo, el estado de todas las cosas, la serie de generaciones, las vicisitudes de las sucesiones, los ocasos y amaneceres de los astros, el ocaso del día y la noche, y su sucesión diaria como si revivieran. Tampoco podría haber otra razón para el temperamento generativo de esta tierra, si no fuera porque la disposición divina repone con el rocío nocturno tanto como el calor del sol diurno evapora. Pues, ¿qué decir de los frutos? ¿No te parece que mueren cuando caen, y resucitan cuando reverdecen? Lo que se siembra, resurge: lo que muere, resurge; y se reforma en los mismos géneros, en las mismas especies. La tierra primero devolvió estos frutos, en ellos nuestra naturaleza primero imitó la apariencia de la resurrección.

54. ¿Por qué dudas de que el cuerpo resucite cuerpo? Se siembra un grano, resurge un grano: cae una fruta, resurge una fruta; pero el grano se viste de flor, y se cubre de vaina: "Y esto mortal debe vestirse de inmortalidad, y esto corruptible debe vestirse de incorrupción" (I Cor. XV, 53). La flor de la resurrección es la inmortalidad, la flor de la resurrección es la incorrupción. ¿Qué hay más abundante que el descanso perpetuo? ¿Qué más rico que la seguridad duradera? Este es el fruto múltiple, cuyo crecimiento hace que la naturaleza humana sea más fecunda después de la muerte.

55. Pero te maravillas de cómo lo que se ha podrido se solidifica, lo disperso se une, lo consumido se repone, no te maravillas de cómo las semillas, disueltas por el vapor y la presión de la tierra, reverdecen. Pues ciertamente también ellas, disueltas por la cohesión terrenal, se descomponen, y cuando el jugo generativo del suelo las ha animado, exhalan un cierto espíritu de hierba verde con un calor vital. Luego, poco a poco, la naturaleza levanta la tierna edad de la espiga joven con un tallo, y la encierra en ciertas vainas como una madre diligente; para que el hielo áspero no queme la espiga en crecimiento, y la defienda del excesivo ardor del sol: también la misma fruta, aún como si brotara de sus primeras cunas, pronto adulta, para que la lluvia no la derribe, ni el viento la disperse, ni el mordisco de los pájaros pequeños la destruya, la naturaleza suele rodearla con un vallado de espinas.

56. ¿Por qué, entonces, te maravillas si la tierra devuelve a los hombres que ha recibido; cuando vivifica, levanta, viste, protege y defiende los cuerpos de las semillas que ha recibido? Deja, por lo tanto, de dudar que la tierra devuelva la confianza del género humano que se le ha confiado, que devuelve las semillas que se le han encomendado con un cierto interés usurario multiplicado. Pues, ¿qué decir de los géneros de árboles, que surgen del grano sembrado, y resucitan los frutos descompuestos con fecundidad revivida, y los devuelven a su forma e imagen antigua, y algunos cuerpos de árboles reparados transmiten muchas edades; para que, al durar, superen los siglos? Vemos que el grano se pudre, la vid resurge: se injerta un esqueje, el árbol renace. ¿Acaso hay providencia divina para la restauración de los árboles, y no hay cuidado para los hombres? Y quien no permitió que perecieran las cosas que dio para el uso de los hombres; ¿permitirá que perezca el hombre, a quien hizo a su imagen?

57. Pero te parece increíble que los muertos revivan: "Necio, lo que tú siembras, no es vivificado si no muere antes" (Ibid., 36). Siembra cualquier fruto seco, se resucita. Pero tiene jugo. Y nuestro cuerpo tiene su sangre, tiene su humor. Este es el jugo de nuestro cuerpo. Por lo tanto, también considero refutado aquello que algunos niegan que un esqueje seco reviva, y tratan de derivar eso como un prejuicio contra la carne. Pues la carne no es seca, ya que toda carne es de limo, el limo en el humor, el humor de la tierra. De hecho, muchas cosas que crecen, aunque en suelo seco y arenoso por la continua serenidad, nacen; porque la misma tierra se basta a sí misma con su humor. ¿Acaso, entonces, en los hombres la tierra degenera, que está acostumbrada a regenerar todo? Por lo tanto, está claro que no debe dudarse de lo que es más según la naturaleza que contra la naturaleza; pues es de la naturaleza que todo lo que nace resucite, es contra la naturaleza que perezca.

58. Sigue aquello que a menudo perturba a los gentiles, cómo puede ser que aquellos que el mar ha absorbido, las fieras han desgarrado, las bestias han devorado, la tierra los devuelva. A esto necesariamente se llega, para que no se dude de la fe en la resurrección, sino de una parte. Supongamos que los cuerpos de los desgarrados no resucitan, los demás resucitan: y la resurrección no se destruye si se exceptúa una condición. Sin embargo, me maravillo de por qué se debe dudar incluso de estos, como si no todo lo que es de la tierra vuelva a la tierra, y se disuelva en la tierra (Ecles. III, 20). El mismo mar, también, a menudo escupe en las costas vecinas los cuerpos humanos que ha sumergido. Si no fuera así, creo que sería difícil para Dios conectar lo disperso, unir lo diseminado; a quien el mundo obedece, los elementos mudos sirven, la naturaleza obedece: como si no fuera un milagro mayor animar el limo que unirlo.

59. Un ave en la región de Arabia, llamada fénix, reparable por el humor revivido de su carne, cuando ha muerto, revive; ¿no creemos que los hombres resuciten? Y esto lo hemos conocido por frecuente relato y la autoridad de las Escrituras, que se dice que esta ave tiene un uso vital prescrito de quinientos años; y cuando, por una cierta previsión de su naturaleza, ha comprendido que se acerca el fin de su vida, se prepara una urna de incienso y mirra, y otros aromas, y una vez completada la obra y el tiempo, entra allí y muere: de cuyo humor surge un gusano, y poco a poco se condensa en la figura de la misma ave, y se forma para el uso, y apoyada también en el vuelo de sus alas, comienza los deberes de la vida renovada con el don de la piedad. Pues esa urna, ya sea tumba del cuerpo o cuna del resurgente, en la que, al morir, perece, y al perecer, resurge, la lleva de Etiopía a Licaonia: y así, con la resurrección de esta ave, los habitantes de los lugares comprenden que se ha completado el tiempo de quinientos años. Por lo tanto, para esta ave, el año quingentésimo es de resurrección, para nosotros el milésimo: para ella en este siglo, para nosotros en la consumación del mundo. Muchos también opinan que esta ave se enciende a sí misma una pira, y nuevamente revive de sus cenizas y brasas.

60. Pero tal vez una naturaleza más diferenciada parezca traer también una diferenciación de fe: nuestra mente regresa al origen y principio de la procreación del hombre. Sois hombres, sois mujeres que no ignoráis lo humano: y si alguno lo ignora, piensa que nacemos de la nada. ¡Cuán grandes nos levantamos de tan poco! Y si no lo expresamos, sin embargo, entendéis lo que queremos decir, o más bien lo que no queremos decir. ¿De dónde esta cabeza, y este rostro admirable, cuyo artífice no vemos, pero vemos la obra, se forma para diversos oficios y usos? ¿De dónde la forma más erguida, la estatura más alta, la capacidad de hacer, la vivacidad de sentir, la facultad de caminar? Ciertamente, los órganos de la naturaleza nos son desconocidos, pero los ministerios son conocidos. Y tú fuiste semilla, y tu cuerpo es semilla de lo que resucitará. Escucha a Pablo, y aprende que eres semilla: "Se

siembra en corrupción, resucitará en incorrupción: se siembra en ignominia, resucitará en gloria: se siembra en debilidad, resucitará en poder, se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual" (I Cor. XV, 42 y ss.). Y tú, por lo tanto, eres sembrado como los demás, ¿por qué te maravillas si resucitarás como los demás? Pero crees en aquellos porque los ves: no crees en estos porque no los ves: "Bienaventurados los que no vieron, y creyeron" (Juan XX, 29).

61. Sin embargo, antes de que llegue el tiempo, tampoco se cree en eso; pues no todo tiempo es adecuado para resucitar las semillas. En un momento se siembra el trigo, en otro nace; en un momento se injerta la vid, en otro los sarmientos brotan, la hoja se extiende, la uva se forma; en un momento se planta el olivo, en otro, como si estuviera cargado y lleno de frutos, se curva por la abundancia de sus bayas. Pero antes de que llegue su tiempo, la fecundidad es más restringida: ni siquiera la misma que genera tiene en su poder la edad de la generación. Ahora la ves informe por el abandono, ahora desnuda de fruto, ahora verde con flores, ahora seca, a la misma madre de todo. Sin duda, querría vestirse en todo tiempo, y nunca despojarse de los dorados trajes de los campos de trigo o de los verdes de los prados: necesitada de sí misma y de los productos que ha transferido a otros, desprovista de las riquezas de sus propios frutos.

62. Por lo tanto, nuestra resurrección, aunque no la creas por fe, no la creas por ejemplo, la crearás por experiencia. Y aunque para otros frutos, como la vid, el olivo y diversas frutas, la última estación del año es adecuada para madurar, para nosotros también la consumación del mundo, como el fin del año, ha prescrito una edad adecuada para resucitar. Y bien, en la consumación del mundo es la resurrección de los muertos; para que después de la resurrección no tengamos que volver a este mundo malo. Por eso Cristo sufrió, para liberarnos de este mundo malo; para que no nos vuelvan a derribar las tentaciones de este mundo y renacer no nos perjudique, si renacemos para la culpa.

63. Así que tenemos tanto la razón de la resurrección como el tiempo: la razón porque en todos los frutos la naturaleza responde de igual manera, y no degenera solo en la sucesión de los hombres: el tiempo, porque todo se genera al final del año. Los tiempos del mundo son un solo año. ¿Y qué maravilla si es un solo año, cuando es un solo día? En un solo día el Señor contrató a los obreros para la viña, diciendo: "¿Por qué estáis aquí todo el día ociosos?" (Mateo 20, 6).

64. Las causas de los orígenes son las semillas. El Doctor de las naciones afirmó que el cuerpo humano es semilla (1 Corintios 15, 42). Por lo tanto, hay sustancia para resucitar, cuando hay una serie de siembra. Si no hubiera sustancia o causa, alguien podría considerar arduo para Dios regenerar a los hombres de donde quisiera o como quisiera, quien ordenó que el mundo existiera de ninguna materia, de ninguna sustancia, y fue hecho. Mira el cielo, contempla la tierra. ¿De dónde los fuegos de las estrellas? ¿De dónde el orbe del sol y sus rayos? ¿De dónde el globo de la luna? ¿De dónde las cimas de las montañas, las duras rocas, los bosques de los árboles? ¿De dónde el aire extendido, o las aguas infundidas o derramadas? Pero si Dios hizo todo esto de la nada (Él mismo dijo y fueron hechos: Él mandó, y fueron creados), ¿por qué nos maravillamos de que pueda renacer lo que fue, cuando vemos que nació lo que no fue?

65. Es sorprendente que, aunque no crean en la resurrección, sin embargo, para que no perezca la raza humana, con cierta benevolencia clemente, prevén; y por eso dicen que las almas pasan y emigran a los cuerpos, para que el mundo no perezca. Pero que ellos mismos

digán qué es más difícil, si las almas pasan o regresan: si recuperan lo suyo o buscan algo nuevo.

66. Pero que duden aquellos que no han aprendido: nosotros, que leemos la Ley, los profetas, los apóstoles, el Evangelio, no debemos dudar. ¿Quién dudará, cuando lee: "Y en aquel tiempo será salvado todo tu pueblo, el que está escrito en el libro: y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra se despertarán, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua: y los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento, y muchos de los justos como las estrellas para siempre" (Daniel 12, 1 y ss.)? Bien dijo el descanso de los que duermen, para que entiendas que la muerte no es perpetua, que se entra en ella como en un sueño por un tiempo, y por un tiempo se excluye: y mostró un mejor progreso de la vida que será después de la muerte, que de la que se pasa antes de la muerte con tristeza y dolor. Pues aquella se compara con las estrellas, esta se entrega a la aflicción.

67. ¿Por qué he de mencionar lo que está escrito en otro lugar: "Me resucitarás y te confesaré"? ¿Qué también de aquello que el santo Job, habiendo experimentado las injurias de esta vida y superando todas las adversidades con la paciencia de la virtud, prometió para sí mismo la compensación de los males presentes por la resurrección, diciendo: "Resucitarás este mi cuerpo, que ha sufrido muchos males" (Job 19, 26)? Isaías también, anunciando la resurrección a los pueblos, dijo ser el mensajero de la respuesta del Señor; pues así lo tienes: "Porque la boca del Señor ha hablado, y dirán en aquel día" (Isaías 25, 8). ¿Qué, pues, ha hablado la boca del Señor que los pueblos dirán, se declara en lo posterior, donde está escrito: "Por tu temor, Señor, hemos concebido en el vientre y hemos dado a luz el espíritu de tu salvación, que has derramado sobre la tierra. Caerán los que habitan la tierra, resucitarán los que están en los sepulcros" (Isaías 26, 18): porque el rocío que de ti viene es salud para ellos, pero la tierra de los impíos perecerá. Anda, pueblo mío, y entra en tus aposentos. Escóndete un poco, hasta que pase la ira de Dios.

68. Qué bien señaló que los aposentos son los túmulos de los muertos, en los que nos escondemos un poco; para que podamos pasar más tolerablemente el juicio de Dios, que por nuestros crímenes asumirá el derecho de la justa indignación. Vive, por tanto, quien se esconde y descansa, como retirándose y apartándose del medio; para que no lo envuelva la aflicción con lazos más estrechos de este mundo, a los que las oráculos celestiales prometen estar reservada la alegría de la resurrección y la salud de los cuerpos disueltos, reparable por el rocío divino. Y bien se significa el rocío, por el cual se despiertan todas las semillas fecundas de la tierra. ¿Qué, pues, es de extrañar si también las cenizas y el polvo de nuestro cuerpo desfalleciente se enriquecen con la grasa del rocío celestial, y al recibir la humedad vital, la estructura de nuestros miembros se reforma en su forma?

69. También el santo profeta Ezequiel enseña y describe con plena exposición cómo se devuelve el vigor a los huesos secos, cómo vuelve el sentido, cómo se añade el movimiento, y con el regreso de los nervios, la estructura del cuerpo humano se endurece: cómo los huesos demasiado secos se visten de entrañas renacidas, y el velo de la piel extendida cubre las aberturas de las venas y los riachuelos de sangre. En los mismos sermones proféticos, mientras leemos, parece que surge una cosecha revivida de cuerpos humanos, y ves que los mismos espacios extendidos de los campos brotan con nuevas semillas.

70. Si los antiguos sabios creyeron suficientemente que en la región tebana una cosecha de armados se erizó con los dientes de la hidra, cuando ciertamente es seguro que las semillas de una naturaleza no pudieron convertirse en otra naturaleza, ni el parto fue discordante con sus propias semillas; para que de una serpiente nacieran hombres, para que de dientes se generara

carne: cuánto más ciertamente se debe creer que todo lo que se siembra resurge en su propia naturaleza, y que las cosechas no difieren de su siembra, ni lo blando vive en lo duro, ni lo duro en lo blando, ni el veneno se convierte en sangre; sino que la carne se repara de la carne, el hueso de los huesos, la sangre de la sangre, la humedad de la humedad. ¿Podéis, por tanto, gentiles, negar la reforma de la naturaleza, quienes podéis afirmar la mutación? ¿Podéis no creer en los oráculos, no en el Evangelio, no en las profecías, quienes creéis en fábulas vanas?

71. Pero escuchemos ya al mismo profeta; pues así dice: "Y vino sobre mí la mano del Señor, y el Señor me sacó en espíritu, y me puso en medio del campo, y este estaba lleno de huesos humanos: y me hizo pasar alrededor de ellos, y he aquí muchos huesos en la superficie del campo, muy secos. Y me dijo: Hijo de hombre, ¿vivirán estos huesos? Y dije: Señor, tú lo sabes. Y me dijo: Profetiza sobre estos huesos, y diles: Huesos secos, oíd la palabra del Señor. Así dice el Señor a estos huesos: He aquí que yo introduzco en vosotros espíritu de vida, y pondré en vosotros nervios, y traeré sobre vosotros entrañas, y extenderé sobre vosotros piel, y pondré mi Espíritu en vosotros; y viviréis, y sabréis que yo soy el Señor. Y profeticé como me mandó. Y sucedió que mientras profetizaba todas estas cosas, he aquí que se produjo un gran terremoto" (Ezequiel 37, 1 y ss.).

72. Mira ahora cómo muestra que hay audición en los huesos, y movimiento antes de que se les devuelva el espíritu de vida. Pues también arriba se ordena a los huesos secos que escuchen, como si tuvieran sentido de audición: y aquí se señala por el sermón profético que cada uno de ellos se acercó a su estructura; pues así lo tienes: "Y se acercaban los huesos, cada uno a su estructura. Y vi, y he aquí que sobre ellos nacían nervios y entrañas, y subía sobre ellos piel por encima, y no había espíritu en ellos" (Ibid., 7 y ss.).

73. Gran gracia del Señor, que el profeta es tomado como testigo de la futura resurrección, para que nosotros también la viéramos con sus ojos. Pues no todos podían ser tomados como testigos, pero en uno somos todos testigos: porque ni en un hombre santo cabe la mentira, ni en un profeta el error.

74. No debe parecer demasiado verosímil que, por mandato de Dios, los huesos se reformen en su estructura; cuando ciertamente tenemos innumerables ejemplos en los que la naturaleza de las cosas ha obedecido a los mandatos celestiales; como cuando se ordenó a la tierra que produjera pasto, y lo produjo (Génesis 1, 11); como cuando al toque de la vara, la roca vomitó agua para el pueblo sediento (Números 20, 11), y por la misericordia divina, las duras rocas inundaron con corrientes para los que ardían de sed (Éxodo 4, 3). La vara convertida en serpiente indicó otra cosa, sino que, queriendo Dios, de lo insensible se puede generar lo sensible. ¿O acaso crees más increíble que los huesos, cuando se les ordena, se acerquen (Ezequiel 37, 7); que las corrientes se reviertan, los mares huyan? Pues así lo testimonia el profeta; "El mar lo vio y huyó, el Jordán se volvió atrás" (Salmo 113, 3). No se puede dudar de esto, que fue comprobado por la salvación de un pueblo y la muerte de otro, que el curso de las aguas se detuvo frenado y que las mismas aguas rodearon a unos y se vertieron sobre otros para la muerte, para sumergir a unos y reservar a otros (Éxodo 14, 22 y ss.). ¿Qué en el mismo Evangelio? ¿No probó allí el Señor que a su palabra la ola se calma (Mateo 8, 26), las nubes del cielo se disipan, los vientos ceden, y los elementos mudos sirven a Dios en las costas pacíficas?

75. Pero sigamos con lo demás, para que podamos advertir cómo los muertos son animados por el espíritu de vida, se levantan los que yacen, se abren los sepulcros. Y me dijo: Profetiza, hijo de hombre, y di al espíritu: Así dice el Señor: Ven, espíritu, de los cuatro vientos del

cielo, y sopla sobre estos muertos, y vivirán. Y profeticé como me mandó, y entró en ellos el espíritu de vida, y vivieron, y se pusieron de pie en sus pies, una congregación muy grande. Y el Señor me habló, diciendo: Hijo de hombre, estos huesos son toda la casa de Israel. Ellos dicen: Nuestros huesos se han secado, nuestra esperanza ha perecido, pereceremos. Por eso profetiza y di: Así dice el Señor: He aquí que yo abro vuestros sepulcros, y os sacaré de vuestros sepulcros a la tierra de Israel, y sabréis que yo soy el Señor, cuando abra vuestros sepulcros, y saque de los sepulcros a mi pueblo, y pondré mi Espíritu en vosotros, y viviréis, y os pondré sobre vuestra tierra, y sabréis que yo soy el Señor: he hablado, y lo haré, dice el Señor (Ezequiel 37, 9 y ss.).

76. Advertimos cómo se retoman los intercambios del espíritu vital, conocemos cómo, al abrirse los sepulcros, los muertos son resucitados. ¿O acaso es de extrañar que por mandato del Señor se abran los sepulcros de los muertos, cuando toda la tierra se estremece en sus límites con un solo trueno, el mar se desborda de sus confines, y el mismo curso de sus olas se frena? Finalmente, aquel que creyó que en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, en la última trompeta (pues sonará la trompeta) los muertos resucitarán (1 Corintios 15, 52); será arrebatado con los primeros en las nubes para encontrarse con Cristo en el aire (1 Tesalonicenses 4, 16); quien no creyó, será dejado, y con su incredulidad se someterá a la sentencia.

77. El Señor también te mostró en el Evangelio, para que ya pasemos a los ejemplos, cómo resucitarás. Pues no resucitó solo a Lázaro, sino que resucitó la fe de todos: si tú crees cuando lees, también tu mente, que estaba muerta, revive en ese Lázaro. ¿Qué significa que el Señor se acercó al sepulcro, clamó con gran voz: "Lázaro, sal fuera" (Juan 11, 44)? sino para ofrecer un ejemplo de la futura resurrección. ¿Por qué clamó con voz, como si no soliera operar con el espíritu, como si no soliera mandar en silencio? Pero para mostrar aquello que está escrito: "Porque en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, en la última trompeta, y los muertos resucitarán incorruptibles" (1 Corintios 15, 52); pues el estruendo de las trompetas mide la elevación de la voz. Y clamó: "Lázaro, sal fuera". ¿Por qué también se añade el nombre; acaso para que no se pensara que otro resucitó por otro, o que la resurrección fue más fortuita que ordenada?

78. Entonces el difunto oyó, y salió fuera del sepulcro, atado de pies y manos con vendas, y su rostro estaba envuelto en un sudario (Juan 11, 44). Comprende, si puedes, cómo con los ojos cerrados emprende el camino, con los pies atados dirige el paso, con un andar inseparable y un avance separable. Permanecían las ataduras, pero no lo retenían: los ojos estaban cubiertos, pero veían. Veía, en efecto, quien resucitaba, quien caminaba, quien dejaba el sepulcro. Pues operando la virtud del mandato divino, la naturaleza no requería su propio oficio; y como si estuviera en un exceso, ya no servía a su propio orden, sino al mandato divino. Se rompían primero las ataduras de la muerte que las del sepulcro: se movía antes de que se preparara el andar.

79. Si te maravillas de esto, aprende quién lo mandó, para que dejes de maravillarte. Jesucristo, poder de Dios; vida, luz, resurrección de los muertos: el poder levantó al que yacía, la vida levantó el paso, la luz disipó las tinieblas, restauró la vista, la resurrección reformó la gracia de vivir.

80. Tal vez te preocupe que los judíos quiten la piedra, que los judíos desaten las vendas; no sea que también tú estés preocupado por quién quitará la piedra de tu sepulcro (Ibid., 41). Como si quien podía devolver el espíritu no pudiera quitar la piedra: o romper las ataduras, quien había hecho caminar al atado: o descubrir el rostro, quien había infundido luz a los ojos

cubiertos: o partir la roca, quien podía reformar la naturaleza. Pero para que creyeran con sus ojos, quienes no querían creer con la mente, quitan la piedra, ven el cadáver, sienten el hedor, rompen las vendas. No pueden negar al difunto, a quien ven resucitar, ven las señales de la muerte, y los dones de la vida. ¿Qué si mientras intentan, se corrigen con el mismo esfuerzo? ¿Qué si mientras oyen, creen al menos a sus oídos? ¿Qué si mientras miran, se corrigen al menos con sus ojos? ¿Qué si mientras rompen las ataduras, liberan sus mentes? ¿Qué si mientras Lázaro es despojado, el pueblo es liberado? ¿Qué si mientras permiten que Lázaro se vaya, ellos mismos regresan al Señor? Finalmente, muchos que habían venido a María, viendo lo que había sucedido, creyeron (Ibid., 45).

81. Y no solo este ejemplo dio nuestro Señor Jesucristo; sino que también resucitó a otros, para que creyéramos con ejemplos más abundantes. Resucitó al joven, conmovido por el llanto de su madre viuda, cuando se acercó y tocó el féretro, diciendo: "Joven, a ti te digo, levántate": y se sentó el que estaba muerto, y comenzó a hablar (Lucas 7, 14). Tan pronto como oyó, se sentó de inmediato, habló de inmediato. Por lo tanto, otra gracia de la virtud, otro orden de la naturaleza.

82. Pues, ¿qué diré de la hija del jefe de la sinagoga, en cuyo fallecimiento lloraban las multitudes, sonaban los flautistas? Pues para la fe de la muerte se exhibe el cortejo fúnebre. Tan pronto como a la voz del Señor se convierte el espíritu, se levanta el cuerpo revivido, se toma alimento; para que se creyera el testimonio de la vida.

83. ¿Y por qué nos maravillamos de que a la voz de Dios se devuelva el alma, regresen las entrañas a los huesos; cuando recordamos que al toque del cuerpo del profeta se resucitó a un muerto (2 Reyes 13, 21)? Elías oró, y resucitó al niño muerto (1 Reyes 17, 22): Pedro, en el nombre de Cristo, ordenó a Tabita que se levantara y caminara, y los pobres, agradecidos, creyeron por los alimentos (Hechos 9, 40); ¿y nosotros aún no creemos por nuestra salvación? Ellos redimieron la resurrección ajena con sus lágrimas, nosotros no creemos en la nuestra ni con la pasión de Cristo. Cuando él entregó su espíritu, para mostrar que murió por nuestra resurrección, ejerció la misma serie de la resurrección; pues al clamar de nuevo con gran voz, entregó su espíritu; y la tierra se estremeció, y las rocas se partieron, y los sepulcros se abrieron, y muchos cuerpos de santos que dormían resucitaron, y saliendo de los sepulcros después de su resurrección, vinieron a la ciudad santa, y se aparecieron a muchos (Mateo 27, 51, 52).

84. Si estas cosas sucedieron cuando entregó su espíritu, ¿por qué las consideramos increíbles cuando comience a regresar para el juicio? especialmente cuando esta resurrección es un documento de aquella resurrección, y un ejemplo de la verdad futura: pero el ejemplo es menos que la verdad. ¿Quién, pues, en la pasión del Señor abrió los sepulcros, dio la mano a los resucitados, mostró el camino por el que buscaran la ciudad santa? si no fue nadie, fue ciertamente la fuerza divina, que operaba en los cuerpos de los muertos. ¿Buscas la ayuda del hombre, donde ves la obra de Dios?

85. Las cosas divinas no necesitan servicios humanos. Dios ordenó que se hiciera el cielo, y se hizo: decidió que se creara la tierra, y fue creada (Génesis 1, 6 y ss.). ¿Quién cargó las piedras sobre sus hombros? ¿Quién acumuló los gastos? ¿Quién ministró su obra al Dios que trabajaba? Estas cosas se hicieron en un momento. ¿Quieres saber cuán breve? Dijo, y fueron hechas (Salmo 143, 5). Si a su palabra se levantan los elementos, ¿por qué no resucitan los muertos a su palabra? Aunque estén muertos, sin embargo, alguna vez vivieron, tuvieron el espíritu de sentir, tuvieron fuerzas para actuar; y mucho importa no haber sido capaz de alma, y haber permanecido inanimado. El diablo dijo: "Di a esta piedra que se convierta en pan"

(Lucas 4, 3). Confiesa que, por mandato de Dios, la naturaleza puede ser convertida; ¿tú no crees que, por mandato de Dios, la naturaleza puede ser reformada?

86. Los filósofos discuten sobre el curso del sol y la naturaleza del cielo, y hay quienes creen que se les debe dar crédito, aunque ignoran de qué hablan. Pues no han ascendido al cielo, no han medido el eje, ni han examinado el mundo con sus ojos; porque ninguno de ellos estuvo con Dios en el principio, ninguno de ellos dijo de Dios: "Cuando preparaba el cielo, yo estaba con él, y era yo con él componiendo, yo era aquel en quien se complacía" (Prov. VIII, 27, 30). Si, por tanto, se les cree a ellos, no se cree a Dios, quien dice: "Así como el nuevo cielo y la nueva tierra, que yo hago, permanecerán ante mí, dice el Señor, así permanecerá vuestro nombre y vuestra descendencia: y será de mes en mes, y de sábado en sábado: y vendrá toda carne ante mí, para adorar en Jerusalén, dice el Señor Dios: y saldrán, y verán los cuerpos de los hombres que se rebelaron contra mí. Pues su gusano no morirá, y su fuego no se extinguirá, y serán un espectáculo para toda carne" (Isaías LXVI, 22 y ss.)

87. Si la tierra y el cielo se renuevan, ¿por qué dudar de que el hombre pueda renovarse, para quien la tierra y el cielo fueron hechos? Si el transgresor es preservado para el castigo, ¿por qué no será perpetuado el justo para la gloria? Si el gusano de los pecadores no muere, ¿cómo perecerá la carne de los justos? Esta es la resurrección, como lo expresa el sonido de la palabra; para que lo que cayó, eso resucite: lo que murió, reviva.

88. Y esta es la serie y causa de la justicia, ya que el acto es común al cuerpo y al alma (porque lo que el alma pensó, el cuerpo lo realizó), que ambos vengan a juicio, que ambos sean entregados al castigo o reservados para la gloria. Pues parece casi absurdo que, cuando la ley del alma es impugnada por la ley de la carne, y la mente a menudo hace lo que odia, cuando el pecado que habita en el hombre opera en la carne; el alma sea sometida a la injuria de una culpa ajena, la carne goce de tranquilidad siendo autora de la aflicción: y que solo sea castigado quien no erró solo: o que solo reciba gloria quien no luchó solo por la gracia.

89. Plena, si no me equivoco, y justa razón: pero yo no exijo razón de Cristo. Si me convencen con razón, niego la fe. Abraham creyó a Dios (Gén. XV, 6), y nosotros creamos; para que, siendo herederos de su linaje, también lo seamos de su fe. David también creyó, por lo cual habló (Sal. CXV, 10): y nosotros creamos, para que podamos hablar, sabiendo que "quien resucitó al Señor Jesucristo, también nos resucitará con Jesús" (II Cor. IV, 14). Pues esto prometió Dios, quien nunca miente (Tit. I, 2): esto prometió la verdad en su Evangelio, diciendo: "Y esta es la voluntad del que me envió, que todo lo que me ha dado, no pierda nada de ello, sino que lo resucite en el último día" (Juan VI, 39). Y no considero suficiente decirlo una vez, sino que lo confirmó con repetida expresión; pues así sigue: "Y esta es la voluntad de mi Padre, que me envió, que todo aquel que ve al Hijo y cree en él, tenga vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día" (Ibid., 40).

90. ¿Quién dice esto? Sin duda, aquel que muerto resucitó muchos cuerpos de difuntos. Si no creemos a Dios, ¿tampoco creemos al ejemplo? ¿No creemos lo que prometió; cuando incluso lo que no prometió, lo cumplió? Pero, ¿qué causa habría tenido él para morir, si no hubiera tenido también causa para resucitar? Pues, ya que Dios no podía morir, la sabiduría no podía morir: pero no podía resucitar lo que no había muerto; se asumió la carne, que podía morir; para que, al morir, lo que solía, lo que había muerto, eso resucitara. Pues no podía haber resurrección sino por el hombre; ya que "así como por el hombre vino la muerte, también por el hombre vino la resurrección de los muertos" (I Cor. XV, 21).

91. Por tanto, resucitó el hombre, porque el hombre murió: resucitado el hombre, pero resucitante Dios. Entonces, según la carne, hombre; ahora, en todo, Dios: pues ahora, según la carne, ya no conocemos a Cristo, pero mantenemos la gracia de la carne; para que lo conozcamos como las primicias de los que duermen, el primogénito de los muertos. Las primicias, por supuesto, son del mismo género y naturaleza que los demás frutos, de los cuales se ofrecen a Dios las primicias como ofrenda sagrada por todos, y como una especie de libación de la naturaleza renovada. Por tanto, Cristo es las primicias de los que duermen. Pero, ¿de sus propios durmientes, que como exentos de muerte son retenidos en un dulce sueño, o de todos los muertos? Pero "así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados" (I Cor. XV, 22). Así que, como las primicias de la muerte en Adán, también las primicias de la resurrección en Cristo.

92. Todos resucitan, pero nadie debe desesperar, ni el justo lamentar la común compañía de resucitar; ya que espera el fruto principal de la virtud. Todos ciertamente resucitarán, pero cada uno, como dice el Apóstol, "en su propio orden" (Ibid., 23). El fruto de la clemencia divina es común, pero el orden de los méritos es distinto. El día brilla para todos, el sol calienta a todos los pueblos, la lluvia fecunda las posesiones de todos con más abundante lluvia.

93. Todos nacemos, todos resucitaremos: pero en ambos, la gracia de vivir o revivir es desigual, la condición es diversa. En un momento, en un abrir y cerrar de ojos, en la última trompeta, los muertos resucitarán incorruptibles, y nosotros seremos transformados (Ibid., 52). Incluso en la misma muerte, unos descansan, otros viven. Buen descanso, pero mejor vida. Finalmente, Pablo despierta a la vida al que descansa, diciendo: "Despierta, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo" (Efes. V, 14). Por tanto, aquí se despierta, para que viva, para que sea semejante a Pablo, para que pueda decir: "Porque nosotros que vivimos, no precederemos a los que durmieron" (I Tes. IV, 14). Pues no habla de este uso común de vivir, ni del comercio de respirar, sino del mérito de resucitar. Porque cuando dijo: "Y los muertos que están en Cristo resucitarán primero" (Ibid., 15); luego añadió: "Y nosotros que vivimos, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire."

94. Sin duda, Pablo murió, y con venerable pasión cambió la vida del cuerpo por la gloria inmortal: ¿acaso se equivocó entonces al escribir que sería arrebatado vivo en las nubes para recibir a Cristo? Pues esto leemos de Enoc (Gén. V, 24), o de Elías (IV Reg. II, 11): pero también tú serás arrebatado en espíritu. He aquí el carro de Elías, he aquí los fuegos, aunque no se vean, están preparados; para que el justo ascienda, el inocente sea trasladado, y tu vida no conozca la muerte. Finalmente, los apóstoles no conocieron la muerte; por lo cual se dijo: "De cierto os digo, que muchos de los que están aquí no gustarán la muerte, hasta que vean al Hijo del Hombre viniendo en su reino" (Mat. XVI, 28). Vive, pues, quien no tiene en él lo que muera, quien no tiene de Egipto ningún calzado o atadura: sino que se despoja de ello antes de dejar el oficio de este cuerpo. No solo Enoc vive, porque no fue arrebatado solo: también Pablo es arrebatado para recibir a Cristo.

95. También viven los patriarcas; pues de otro modo no se diría Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob, si los muertos no vivieran; porque Dios no es Dios de muertos, sino de vivos (Luc. XX, 38). También viviremos nosotros, si queremos imitar las obras y costumbres de los mayores. Admiramos las recompensas de los patriarcas, imitemos su obediencia: proclamamos la gracia, sigamos la obediencia, no inducidos por alimentos, cortemos los lazos del mundo. Aprovechemos la oportunidad del tiempo, el precepto de la Ley, la clemencia de la vocación, el deseo de la pasión. Los patriarcas salieron de su tierra, y

nosotros salgamos con propósito del poder del cuerpo; salgamos con propósito, ellos por exilio: pero no consideraron exilio lo que la devoción cumplía, no lo que la necesidad imponía. Ellos cambiaron la tierra por el suelo, nosotros cambiemos la tierra por el cielo: ellos por la habitación, nosotros por el espíritu. A ellos el cielo iluminado por las estrellas les mostró la sabiduría, ilumine nuestros ojos del corazón. Así el tipo concuerda con la verdad, y la verdad con el tipo.

96. Abraham, preparado para recibir a los huéspedes (Gén. XVIII, 2), fiel a Dios, diligente en el ministerio, pronto en el oficio, vio la Trinidad en tipo, acumuló hospitalidad con religión, mirando a tres, adorando a uno; y manteniendo la distinción de personas, sin embargo, nombraba a un solo Señor, otorgando la honorabilidad del don a tres, y significando un solo poder. Pues no hablaba en él la doctrina, sino la gracia: y él creía mejor lo que no había aprendido, que nosotros que hemos aprendido. Pues nadie había falsificado el tipo de la verdad, y por eso ve tres, pero venera la unidad. Ofrece tres medidas de flor de harina, inmola un solo becerro; creyendo suficientemente que hay un sacrificio, el don de tres: una víctima, la gracia de tres. Pues en los cuatro reyes (Gén. XIV, 1 y ss.) ¿quién no entiende que los elementos materiales de la naturaleza, prefigurados por el indicio de la pasión del Señor, y todo lo mundano se le ha sometido? Fiel en la guerra, abstemio en el triunfo, que prefería enriquecerse con los dones de Dios, no con los de los hombres.

97. Creyó el anciano que podía engendrar un hijo, juzgó el padre que podía inmolar a su hijo (Gén. XXII, 11): ni el afecto paterno tembló, cuando la piedad ayudaba la mano del anciano; pues sabía que el hijo inmolado era más acepto a Dios que el sano. Por tanto, lleva al sacrificio a su hijo amadísimo; y al que había recibido tarde, lo ofreció pronto: ni se detiene por la apelación del nombre paterno, cuando aquel llamaba padre, este hijo. Queridos ciertamente los nombres, pero más amables los preceptos de Dios. Así, aunque los corazones compadecían, los votos permanecían. El padre desenvainó la espada sobre el hijo con mano paterna, y golpeó con afecto paterno, para que no pereciera el castigo: temía que el golpe errara, que la mano fallara. Sintió el afecto de la piedad, pero no omitió el negocio de la devoción: y apresuraba la obediencia, incluso cuando escuchaba el oráculo. Por lo cual también nosotros prefiramos a Dios sobre todos los que amamos, padre, hermanos, madre; para que pueda guardarnos a los amados, como vemos en Abraham un remunerador más abundante que un ministro.

98. Ofreció ciertamente el padre a su hijo, pero Dios no se complace con sangre, sino con piedad. Mostró un cordero en el madero en lugar del hombre; para que devolviera al hijo al padre, y no pereciera la víctima para el sacerdote. Así, ni Abraham fue manchado con parricidio, ni Dios defraudado del sacrificio. El profeta vio, ni buscó jactancia, ni mantuvo obstinación: cambió el cordero por el hombre. Cuanto más se muestra, cuán religiosamente ofreció, a quien tan gustosamente recibió. Y tú, si ofreces tu don a Dios, no lo pierdes. Pero somos avaros. Dios ofreció a su Hijo único a la muerte por nosotros (Rom. VIII, 32), nosotros negamos a los nuestros. Abraham vio esto, y reconoció el misterio, la salvación futura para nosotros en el madero: ni pasó desapercibido en un mismo sacrificio que otra cosa era lo que parecía ofrecerse, otra lo que podía ser muerto.

99. Imitemos, pues, la devoción de Abraham, imitemos la bondad de Isaac, imitemos la castidad. Hombre bueno y casto, devoto a Dios, casto con su esposa: que no devolvió injuria, cedió a los que lo excluían, recibió a los mismos cuando se arrepentían, ni obstinado en la contumacia, ni duro en la gracia. Huyendo de las disputas, cuando se retiraba: fácil en el perdón, cuando recibía: más generoso en bondad, cuando perdonaba. Se pedía la compañía de la sociedad, añadió el banquete de la alegría.

100. Imitemos también en Jacob el tipo de Cristo, que haya en nosotros alguna semejanza de sus hechos. Seremos consortes, si fuéramos imitadores. Obedeció a su madre, cedió a su hermano, sirvió a su suegro, buscó la recompensa de las ganancias, no de la división del rebaño. No una división avara, donde la porción es lucrativa. Ni aquella significación ociosa, la escalera del cielo (Gén. XXVIII, 12), que por la cruz de Cristo se verían las futuras compañías de ángeles y hombres. A quien se le dislocó el muslo (Gén. XXXII, 29), para que en su muslo reconociera al heredero de la generación, y la dislocación del muslo profetizara la pasión del heredero.

101. Vemos, pues, que el cielo está abierto a la virtud, y que esto no es de pocos: "Porque muchos vendrán del Oriente, y del Occidente, y del Norte y del Sur, y se sentarán en el reino de Dios" (Mat. VIII, 11), expresando el deleite del descanso perpetuo con los movimientos del alma sepultados. Sigamos a Abraham en las costumbres, para que nos reciba en su seno, y como a Lázaro, heredero de su humildad (Luc. XVI, 23), rodeado de sus propias virtudes, nos abrace con piadoso abrazo. Pues no nos acoge en un seno corporal, sino en una especie de manto de buenas obras, la sucesión probada a Dios de los santos patriarcas nos acoge. "No os dejéis engañar, Dios no puede ser burlado" (Gál. VI, 7).

102. Advertimos cuán grave es el sacrilegio de no creer en la resurrección; pues si no resucitamos, entonces Cristo murió en vano, entonces Cristo no resucitó (I Cor. XV, 13). Pues si no resucitó para nosotros, ciertamente no resucitó, quien no tenía razón para resucitar para sí mismo. En él resucitó el mundo, en él resucitó el cielo, en él resucitó la tierra; pues habrá un cielo nuevo y una tierra nueva (Apoc. XXI, 1). Pero para él, ¿dónde era necesaria la resurrección, a quien no retenían las cadenas de la muerte? Pues aunque según el hombre murió, en los mismos infiernos era libre.

103. ¿Quieres saber cuán libre? "He sido contado con los que descienden al sepulcro; soy como un hombre sin fuerza, libre entre los muertos" (Sal. LXXXVII, 5). Y bien libre, quien podía resucitarse a sí mismo, según está escrito: "Destruid este templo, y en tres días lo levantaré" (Juan II, 19). Y bien libre, quien había descendido para redimir a otros. Pero fue hecho como hombre, no en apariencia, sino formado en verdad; porque es hombre, y ¿quién lo conocerá? Pues "en semejanza de hombres hecho, y hallado en forma como hombre, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte" (Fil. II, 7, 8); para que por aquella obediencia viéramos su gloria, "gloria como del unigénito del Padre" según el santo Juan (Juan I, 14). Así se mantiene la figura de la Escritura, para que en Cristo se conserve tanto la gloria del unigénito como la naturaleza del hombre perfecto.

104. Por tanto, no necesitó ayudante: pues no necesitó cuando hizo el mundo; para que necesitara cuando redimía. No mensajero, no enviado, sino el mismo Señor lo salvó: "Él dijo, y fue hecho" (Sal. XXXII, 9). El mismo Señor lo salvó: en todas partes él mismo, porque por él todas las cosas (Col. I, 17). ¿Quién, pues, lo ayudaría, en quien fueron creadas todas las cosas, y todas en él subsisten? ¿Quién lo ayudaría, quien hace todas las cosas en un momento, y en la última trompeta resucita a los muertos (I Cor. XV, 52)? No porque no pueda hacer la primera, o la segunda, o la tercera: sino que se guarda el orden, no porque la dificultad deba vencerse tarde, sino que el número legítimo debe explicarse.

105. Pero creo que es tiempo de hablar de la especie de las trompetas, ya que el discurso se acerca al final; para que también la trompeta sea señal de la consumación de nuestro discurso. Leemos de siete trompetas en el Apocalipsis de Juan, que tomaron siete ángeles (Apoc. VIII, 2). Donde tienes que el séptimo ángel tocó la trompeta, y se hizo una gran voz en el cielo

diciendo: "El reino del mundo ha venido a ser de nuestro Dios y de su Cristo, y él reinará por los siglos de los siglos" (Apoc. XI, 15). La trompeta, de hecho, también se toma por la voz, porque tienes: "He aquí una puerta abierta en el cielo, y la primera voz que oí, como de trompeta que hablaba conmigo, diciendo: Sube acá, y te mostraré lo que debe suceder" (Apoc. IV, 1). También leemos: "Tocad la trompeta al principio del mes" (Sal. LXXX, 4); pero también en otro lugar: "Alabadle con sonido de trompeta" (Sal. CL, 3).

106. Por tanto, debemos considerar con toda virtud qué significa la significación de las trompetas; no sea que, tomándola como un cuento de viejas, nos pongamos en peligro, si no sentimos cosas dignas de la doctrina espiritual, ni convenientes a la eminencia de las Escrituras. Pues habiendo leído que nuestra lucha no es contra carne y sangre, sino contra las potestades espirituales de maldad en los lugares celestiales (Efes. VI, 12); no debemos estimar armas carnales, sino fuertes en Dios (II Cor. X, 4). Pues no basta con ver la trompeta, ni oír su sonido, si no entiendes la propiedad del sonido. Porque si la trompeta da un sonido incierto, ¿quién se preparará para la batalla? Por lo cual, es necesario que conozcamos la virtud de la voz de la trompeta, para que no parezcamos bárbaros, cuando oímos o hablamos de tales trompetas. Y por eso, cuando hablamos, oremos para que el Espíritu Santo nos las interprete.

107. Busquemos, por tanto, en las Escrituras antiguas qué hemos leído sobre el tipo de trompetas, coincidiendo en que esas solemnidades, que a los judíos les fueron prescritas por la Ley, son sombra de las celebraciones superiores y de las fiestas celestiales. Aquí está la sombra, allí la verdad. Esforcémonos por llegar a la verdad a través de la sombra. Esta figura también se expresa en otro lugar de esta manera; pues tienes que el Señor habló a Moisés: Habla a los hijos de Israel, diciendo: En el séptimo mes, el primer día del mes, tendréis descanso en memoria de las trompetas, será para vosotros una convocación santa. No haréis ningún trabajo servil, y encenderéis holocausto al Señor (Levítico XXIII, 24). En Números, sin embargo: El Señor habló a Moisés, diciendo: Hazte dos trompetas de plata labrada, las harás de plata, y serán para ti para convocar a la congregación y para hacer avanzar los campamentos: y tocarás la trompeta en ellas, y se reunirá toda la multitud a la puerta del tabernáculo del testimonio. Pero si tocas una sola trompeta, vendrán a ti todos los príncipes y jefes de Israel, y tocaréis la primera señal, y avanzarán los campamentos, y se establecerán hacia el Oriente. Y tocaréis la segunda señal, y avanzarán los campamentos, y se establecerán hacia el Líbano. Y tocaréis la tercera señal, y avanzarán los campamentos, que se establecerán hacia el Norte. Y tocaréis la cuarta señal, y avanzarán los campamentos, que se establecerán hacia el Aquilón. Tocaréis la señal de la trompeta en su avance. Y cuando reunáis la congregación, tocaréis la trompeta, pero no la señal. Y los hijos de Aarón, los sacerdotes, tocarán las trompetas, y será para vosotros un estatuto perpetuo en vuestras generaciones. Pero si salís a la guerra en vuestra tierra contra los adversarios que os resisten, tocaréis las trompetas, y os acordaréis ante el Señor, y tendréis liberación de vuestros muertos. Y en los días de vuestra alegría, y en vuestros días festivos, y en vuestras lunas nuevas, tocaréis las trompetas, y en vuestros holocaustos y sacrificios de paz, y será para vosotros en memoria ante el Señor, dice el Señor (Números X, 1 y ss.).

108. ¿Qué diremos entonces, que los días festivos los estimaremos en bebida y banquetes? Pero que nadie nos juzgue en el comer; pues sabemos que la Ley es espiritual (Rom. VII, 14): Que nadie, por tanto, nos juzgue en comidas o en bebida, o en parte de día festivo, o en lunas nuevas, o en sábado; que son sombra de lo futuro, pero el cuerpo es de Cristo (Colosenses II, 16). Busquemos, por tanto, el cuerpo de Cristo, que la voz del Padre desde el cielo os mostró como la última trompeta, cuando los judíos decían que había sido un trueno para él (Juan XII,

28): el cuerpo de Cristo que nuevamente la última trompeta nos revelará; porque el mismo Señor, con mandato del arcángel, y con la trompeta de Dios descenderá del cielo: y los muertos que están en Cristo resucitarán (I Tes. IV, 15); donde está el cuerpo, allí también están las águilas (Lucas XVII, 37): donde está el cuerpo de Cristo, allí está la verdad.

108. La séptima trompeta parece significar el descanso de la semana, que no solo se estima en días y años y períodos (de donde también el jubileo es un número sagrado), sino que también comprende el año setenta, cuando el pueblo regresó a Jerusalén, que había durado setenta años en cautiverio. En los centenares y en los millares tampoco se omite la observancia del número sagrado; pues no en vano dijo Dios: Me he reservado siete mil hombres, que no doblaron la rodilla ante Baal (III Reyes XIX, 18). Por lo tanto, la sombra del futuro descanso se figura en los días, meses, años, en el tiempo mismo del mundo; y por eso se manda por Moisés a los hijos de Israel, que en el séptimo mes, el primer día del mes, se haga descanso en memoria de las trompetas: y no se haga ninguna obra servil, sino que se ofrezca sacrificio a Dios; porque al final de la semana, como en el sábado del mundo, se nos exigen obras espirituales, no carnales. Porque lo que es carnal, es servil; porque la carne sirve al alma: pero la inocencia hace libre, la culpa esclavo.

109. Era necesario, por tanto, que las cosas espirituales se hicieran a través de un espejo y en enigma: Ahora vemos por espejo, pero entonces cara a cara (I Cor. XIII, 12). Ahora militamos según la carne, entonces veremos los misterios divinos con el espíritu. Y por eso el carácter de la verdadera ley se exprese en nuestras costumbres, que caminamos en la imagen de Dios; porque ya ha pasado la sombra de la ley: sombra para los judíos carnales, imagen para nosotros, verdad para los que resucitarán. Pues hemos conocido que estas tres cosas son según la Ley, sombra, imagen, verdad: sombra en la Ley, imagen en el Evangelio, verdad en el juicio. Pero todo es de Cristo, y en Cristo todo, a quien ahora no podemos ver según la verdad: pero vemos como en una imagen de lo futuro, cuya sombra hemos visto en la Ley. Por lo tanto, Cristo no es sombra, sino imagen de Dios: no una imagen vacía, sino verdad. Y por eso la Ley por Moisés; porque la sombra por el hombre, la figura por la Ley, la verdad por Jesús (Juan I, 17). Pues la verdad no procedería de otro lugar, sino de la verdad.

110. Si alguien, por tanto, desea ver esta imagen de Dios, debe amar a Dios para ser amado por Dios: y ya no sea siervo, sino amigo, quien haya hecho los mandamientos de Dios; para que pueda entrar en la nube, donde está Dios (Éxodo XXIV, 15). Que él mismo haga para sí dos trompetas razonables de plata labrada (Números X, 1), es decir, compuestas y adornadas con la palabra preciosa; con las cuales no resuene un murmullo ronco y aterrador, sino que se funden sublimes alabanzas a Dios con continua jubilación. Pues con el sonido de tales trompetas se resucitan los muertos, no con el estruendo del bronce, sino animados por la palabra de la verdad. Y tal vez estas dos trompetas son, por las cuales Pablo, con el espíritu divino, increpó diciendo: Oraré con el espíritu, oraré también con la mente: cantaré con el espíritu, cantaré también con la mente (I Cor. XIV, 15); pues uno sin el otro no parece tener una evocación perfecta.

111. Sin embargo, no todos pueden tocar ambas trompetas, ni es de todos reunir toda la congregación: sino que solo a los sacerdotes y ministros de Dios que tocan se les concede este privilegio (Números X, 2 y ss.); para que cualquiera que lo escuche, lo siga, donde está la gloria de Dios, y con intención prematura se reúna en el tabernáculo del testimonio: y pueda contemplar las obras divinas, y merecer esa morada legítima y eterna en la serie de su posteridad. Entonces se lleva a cabo la guerra, el enemigo es expulsado; cuando la gracia del Espíritu canta, y la industria de la mente.

112. También son esas trompetas saludables, si crees con el corazón, y confiesas con la boca: Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se hace confesión para salvación (Rom. X, 10). Con esta trompeta gemela se llega a esa tierra santa, es decir, la gracia de la resurrección; y por eso siempre te canten, para que siempre escuches la voz de Dios: siempre te despierten y conmuevan los oráculos de los ángeles y profetas, para que te apresures hacia lo superior.

113. Esta intención David la tenía en su pecho, cuando decía: Porque pasaré al lugar del tabernáculo admirable, hasta la casa de Dios; con voz de júbilo y confesión, sonido de festín (Salmo XLI, 5). Pues no solo los enemigos son vencidos con el sonido de estas trompetas: sino que también las delicias, y los días festivos, y las lunas nuevas no pueden ser sin ellas. Pues nadie puede, a menos que beba las promesas del divino discurso, y crea en los oráculos resonantes, regocijarse con alegría, celebrar días festivos o lunas nuevas, en los cuales, vaciado de la gracia corporal y de la ocupación secular, desee ser llenado con la luz de Cristo. También los sacrificios mismos no pueden ser aprobados por Dios, a menos que la confesión de la voz inspire, que con la ofrenda sacerdotal solía excitar a los pueblos para suplicar la gracia de Dios.

114. Por tanto, seamos predicadores del Señor, y alabémoslo con voz de trompeta (Salmo CL, 3), no pensando cosas pequeñas de su virtud y viles, sino aquellas que puedan llenar el oído de la mente, y penetrar el secreto de la conciencia íntima; para que no pensemos que las cosas que convienen al cuerpo deben ser adaptadas a la divinidad: ni midamos la grandeza del poder divino con fuerzas humanas; para que busquemos cómo resucitará alguien, o con qué cuerpo vendrá, o cómo se unirán las cosas disueltas, se repararán las caídas; pues estas cosas, tan pronto como se establecen por el arbitrio de Dios, se cumplen. No se espera un oído sensible de las trompetas, sino que la potencia invisible de la magnificencia celestial opera; pues para Dios querer es como hecho: no se debe buscar el esfuerzo de la resurrección, sino que se debe desear el fruto para nosotros. Lo cual se celebrará más fácilmente, si vaciados de vicios alcanzamos la plenitud del misterio espiritual, y la carne renovada recibe gracia del espíritu, y el alma toma prestado el resplandor de la luz eterna de Cristo.

115. Pero estos misterios no son solo de cada uno, sino también de la totalidad. Observa, pues, según el tipo de la Ley, el orden de la gracia. Cuando suene la primera trompeta, reúne a los orientales, como los principales y elegidos: con la segunda, a los iguales en méritos, que situados según el Líbano, han dejado las burlas de las naciones: con la tercera, a aquellos que, como agitados en el mar de este mundo, han vacilado en las olas de este siglo: con la cuarta, a aquellos que no han podido suficientemente ablandar la dureza de sus mentes con el precepto del discurso espiritual; y por eso han sido llamados según el norte, pues el norte según Salomón es un viento duro (Proverbios XXVII, 16).

116. Por tanto, aunque todos resuciten en un momento, todos sin embargo son resucitados en orden de méritos. Y por eso resucitan primero, quienes con un encuentro maduro de devoción, y un cierto amanecer de fe, saliendo, han recibido los rayos del sol eterno. Lo cual puedo recordar con justicia ya sea de los patriarcas según la serie del Antiguo Testamento, o de los apóstoles según el Evangelio. En segundo lugar, aquellos que dejando el rito de las naciones, han pasado del error sacrílego a la disciplina de la Iglesia. Y por eso aquellos primeros de los padres, estos segundos de las naciones; pues de ellos comenzó la luz de la fe, en estos ha durado recibida hasta el ocaso del mundo. Terceros son resucitados, y cuartos, los que son del sur, y los que son del norte. Con estos cuatro se distingue la tierra, con estos cuatro se incluye el año, con estos cuatro se llena el mundo, con estos cuatro se congrega la Iglesia. Pues todos los que están unidos a la Iglesia sacrosanta, y son contados con la

apelación del nombre divino, obtendrán la prerrogativa de la resurrección y la gracia de la eterna delectación; porque vendrán del Oriente y del Occidente, del Norte y del Sur, y se sentarán en el reino de Dios (Lucas XIII, 29).

117. Pues Cristo no abarca su mundo con escasa luz; ya que desde el extremo del cielo es su salida, y su curso hasta su extremo: y no hay quien se esconda de su calor (Salmo XVIII, 7). Pues a todos ilumina benignamente, no quiere rechazar al leve, sino corregirlo: ni la Iglesia desea excluir al duro, sino ablandarlo. Y por eso en los Cantares de los Cantares la Iglesia los invita, en el Evangelio Cristo dice: Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados: y yo os haré descansar. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón (Mateo XI, 28, 29).

118. Reconoce también la voz de la Iglesia que invita; pues dice: Levántate, aquilón, y ven, austro; sopla mi jardín, y fluyan mis ungüentos. Descienda mi hermano a su jardín, y coma el fruto de sus árboles frutales (Cantares IV, 16; V, 1). Pues sabiendo ya entonces que también las obras de estos te serían fructuosas, prometías a tu Cristo fruto de tales: y tú que primero dijiste que fuiste llevada a la cámara del Rey, amando los pechos sobre el vino, cuando amabas al amante, buscabas al lactante, despreciabas los peligros por la religión.

119. Luego, desde el Líbano, esposa, eres llamada a venir, aún toda hermosa en el juicio del Señor, aún toda irrepreensible. Pues así está escrito: Toda eres hermosa, mi cercana, y no hay reproche en ti. Ven aquí desde el Líbano, esposa, ven aquí desde el Líbano (Cantares IV, 7, 8).

120. Después, ya no temiendo ningún deslizamiento de agua, ya no temiendo ningún ímpetu descendente desde el Líbano, llamas al aquilón y al austro, deseando que tu jardín sea soplado; para que en unos fluyan tus ungüentos, en otros ofrezcas a Cristo los múltiples frutos de tu fecundidad.

121. Y por eso bienaventurado el que guarda las palabras de esta profecía (Apocalipsis XXIII, 7), que nos ha revelado la resurrección con testimonios más evidentes diciendo: Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante el trono, y los libros fueron abiertos: y otro libro fue abierto, que es el de la vida: y los muertos fueron juzgados por lo escrito en los libros, según sus obras. Y el mar dio a los muertos que estaban en él: y el infierno dio a los muertos que estaban con él (Apocalipsis XX, 12). No dudes, por tanto, cómo resucitan, pues el infierno los vomita, el mar los devuelve.

122. Recibe también cuándo se promete la gracia futura de los justos: Y oí, dice, una gran voz desde el trono que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y habitará con ellos; y ellos serán su pueblo, y él mismo Dios con ellos será su Dios. Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y la muerte no será más, ni habrá más luto, ni clamor, ni dolor (Apocalipsis XXI, 3, 4).

123. Compara ahora, si te place, y contiene esta vida con aquella vida, y elige, si puedes, la vida perpetua del cuerpo en el trabajo y la miseria de tantas mutaciones, con el tedio de los deseos, el hastío de los placeres. ¿No elegirías aquellas si Dios quisiera perpetuar estas? Pues si por sí misma la vida debe ser evitada, para que haya huida de las molestias, descanso de las miserias; cuánto más debe ser deseado ese descanso, al cual sucederá el gozo perpetuo de la futura resurrección; donde no hay serie de crímenes, ni atracción de delitos.

124. ¿Quién en el dolor es tan paciente, que no ore por la muerte? ¿Quién en la enfermedad es tan constante, que no prefiera morir antes que vivir débil? ¿Quién en el duelo es tan fuerte, que no desee liberarse de él al menos muriendo? Si nos desagradan a nosotros mismos mientras vivimos, sabiendo que se nos ha dado un fin al vivir; cuánto más nos disgustaría esta vida, si viéramos que los trabajos de este cuerpo serían sin fin para nosotros. ¿Quién, por tanto, querría ser exento de la muerte? ¿O qué es más grave que una inmortalidad miserable? Si en esta vida, dice, en Cristo solamente tenemos esperanza, somos los más miserables de todos los hombres (I Cor. XV, 19); no porque esperar en Cristo sea miserable, sino porque Cristo ha preparado para los que esperan en él otra vida. Pues esta está sujeta al pecado, aquella reservada para la recompensa.

124. ¿Cuánto fastidio nos traen los breves cursos de nuestras edades? El niño desea la adolescencia, el adolescente mide para sí los años de una edad mayor, el joven ingrato con el beneficio de la edad floreciente, anhela la honorabilidad senil. Así a todos por naturaleza les viene querer cambiar; porque nos arrepentimos de lo que somos. Finalmente, incluso los mismos deseos después de su uso son fastidiosos: y lo que deseamos merecer, cuando lo hemos merecido, lo rechazamos.

125. Por eso no sin razón también los hombres santos a menudo lamentaron su prolongada estancia (Salmo CXIX, 5): David se lamentó, Jeremías se lamentó (Jeremías XX, 17), Elías se lamentó (III Reyes XIX, 4). Si se cree a los sabios, y a aquellos en quienes hablaba el Espíritu divino, se apresuraban hacia cosas mejores: si investigamos los juicios de los demás, para conocer que todos convergen en una sola sentencia; ¿cuántos prefirieron la muerte al duelo, cuántos prefirieron la muerte al temor? juzgando evidentemente que el miedo a la muerte es más grave que la muerte. Tanto que la muerte no se teme por sus propios males, sino que se prefiere a las miserias de la vida. cuando se desea el fin del moribundo, y se evita el miedo del viviente.

126. Pero sea, que la resurrección se prefiera a esta vida. ¿Qué, los mismos filósofos encontraron algún tipo de género después de la muerte, que nos deleitará más que resucitar? Y aquellos que dicen que las almas son inmortales, no pueden satisfacerme lo suficiente, cuando me redimen solo en parte. Pues ¿qué gracia puede haber, donde no he escapado completamente? ¿Qué vida, si en mí la obra de Dios perece? ¿Qué justicia, si el fin de la naturaleza es la muerte, común al errante y al justo? ¿Qué verdad, para que porque se mueve a sí misma, y siempre se mueve el alma, se crea que es inmortal? Lo que en el cuerpo tenemos en común con las bestias, antes del cuerpo lo que se hace es incierto; ni se recoge la verdad de los contrarios, sino que se destruye.

127. ¿O acaso agrada la opinión de aquellos que recuerdan que nuestras almas, cuando emigran de este cuerpo, pasan a los cuerpos de las fieras y de varios animales? Pero ciertamente estas cosas compuestas por las seducciones de los medicamentos de Circe son juegos de poetas que los mismos filósofos suelen discutir: ni tanto aquellos que se simulan haber sufrido estas cosas, como los sentidos de aquellos que las inventaron, se dice que han sido convertidos en varios monstruos de bestias como por una copa de Circe. Pues ¿qué es tan parecido a un prodigio, como creer que los hombres pudieron ser transformados en la apariencia de fieras? ¿Cuánto mayor prodigio es que el alma gobernante del hombre, adversa al género humano, asuma la naturaleza de las bestias, y que capaz de razón pueda pasar a un animal irracional, que que las formas del cuerpo sean cambiadas? Vosotros mismos destruíd estas cosas, que enseñáis. Pues habéis transmitido los géneros de esta conversión portentosa encantados por cánticos mágicos.

128. Los poetas juegan con estas cosas, los filósofos las reprenden: y lo que creen ficticio de los vivos, lo consideran verdadero de los muertos. Pero aquellos que inventaron estas cosas, no quisieron probar su fábula, sino ridiculizar los errores de los filósofos: que piensan que aquella alma que con propósito manso y humilde solía vencer la ira, asumir la paciencia, abstenerse de la sangre, la misma encendida con el movimiento rugiente del león, impaciente de ira, con rabia desenfrenada, puede desear sangre, y buscar la matanza: y aquella que con un cierto consejo real moderaba los diversos tumultos de los pueblos, y con voz razonable los calmaba; la misma se permite aullar entre los desiertos y desvíos al modo de los lobos: o aquella que gimiendo bajo una carga injusta, soportaba los duros trabajos del arado con un lamento miserable; la misma después transformada en figura de hombre, busca con ligereza cuernos en la frente: o aquella que antes las rápidas alas la elevaban hasta las alturas del cielo por el sublime aire con el remo de sus alas; la misma después ya no busca sus vuelos, y se duele de volverse pesada con la gravedad del cuerpo humano.

129. Tal vez por esto también perdieron a aquel Ícaro, porque inducido por sus persuasiones, el joven creyó quizás que antes había sido un ave. De aquí también muchos ancianos fueron engañados, para que se detuvieran en un dolor grave, crédulos de las fábulas de los cisnes, mientras pensaban que al suavizarse con modulaciones lastimeras, cambiaban su blancura por una suave pluma. 130. ¡Qué increíble es esto! ¡Qué deforme! Cuánto más conveniente es creer según la naturaleza, creer según el uso de los frutos de los demás, creer según los ejemplos de los hechos, los oráculos de los profetas, la promesa celestial de Cristo. ¿Qué es más excelente que juzgar que la obra de Dios no perece, y que los hechos a imagen y semejanza de Dios no pueden ser transformados en efigies de bestias; ya que ciertamente la imagen a semejanza de Dios no es del cuerpo, sino del espíritu? Pues, ¿cómo podría el hombre, a quien están sujetas las demás especies de animales, descender a un animal sujeto a él en su mejor parte? La naturaleza no lo permite, y si la naturaleza lo permitiera, la gracia no lo permitiría.

131. Pero veré qué opinión tienen ustedes, pueblos, sobre ustedes mismos; pues no debe parecer extraño que crean que pueden transformarse en bestias, quienes adoran a las bestias. Sin embargo, yo preferiría que juzgaran mejor sobre su mérito; para que crean que estarán no entre las manadas de fieras, sino entre la compañía de los ángeles.

132. El alma ya tiene el deseo de apartarse de este recodo de la vida y de la corrupción del cuerpo terrenal, y de dirigirse a aquellas asambleas celestiales, aunque sea de los santos llegar, para alabar a Dios (como hemos aprendido que aquellos que tocan la cítara dicen en la lectura profética: Porque grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios todopoderoso: justos y verdaderos son tus caminos, Rey de las naciones. ¿Quién no temerá y magnificará tu nombre; porque solo tú eres santo, porque todas las naciones vendrán y adorarán ante ti; ver también tus bodas, Jesús, en las cuales de lo terrenal a lo celestial, con el júbilo de todos, la esposa es conducida; porque a ti vendrá toda carne, ya no sujeta al mundo, sino unida al espíritu: ver los tálamos adornados con lino fino, rosas, lirios y coronas. ¿De quién más se adornan así las bodas? Se adornan con el livor de los confesores, la sangre de los mártires, los lirios de las vírgenes, y también las coronas de los sacerdotes.

133. Esto es lo que el santo David deseó por encima de todo, para ver y contemplar estas cosas. Finalmente, dice: Una cosa he pedido al Señor, esto buscaré; que habite en la casa del Señor todos los días de mi vida, y vea la belleza del Señor.

134. Es agradable creer esto, deleita esperar: ciertamente no haber creído es un castigo, haber esperado es una gracia. Y si en esto estoy equivocado, porque prefiero unirme a los ángeles después de la muerte, en lugar de a las bestias; con gusto me equivoco en esto, y nunca permitiré que me priven de esta opinión mientras viva.

135. Pues, ¿qué me queda de consuelo, sino que espero llegar pronto a ti, hermano, y que tu partida no sea una larga separación entre nosotros; y que por tus intercesiones pueda obtener que me llames pronto, deseando estar contigo? ¿Quién no debería desear esto por encima de todo; que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad? para que, aunque ahora sucumbimos a la muerte por la fragilidad del cuerpo, estando por encima de la naturaleza, ya no podamos temer a la muerte.